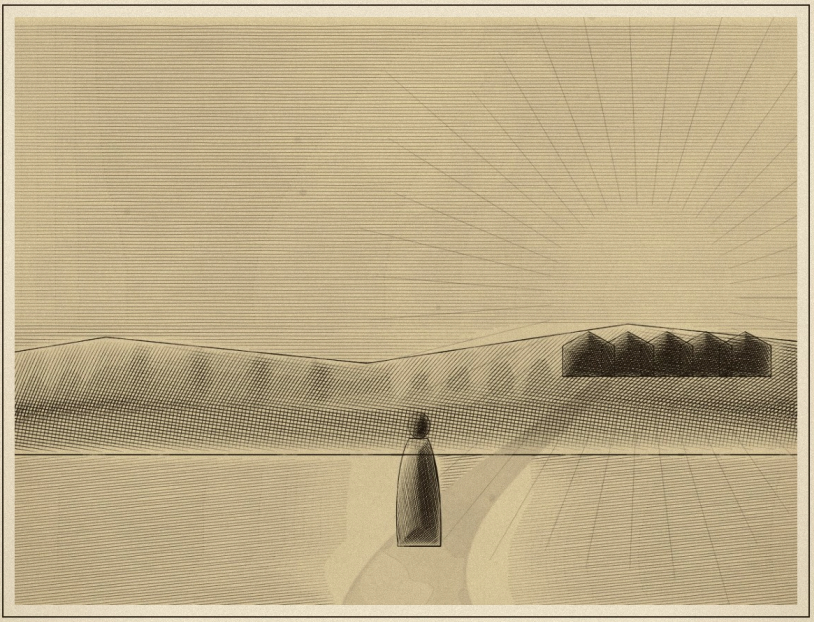
GUILLERMO TELL

Friedrich Schiller



La lámpara encendida

MMXXVI

Guillermo Tell

Friedrich Schiller

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: traducción de José Yxart (1881).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Acto primero, escena primera
Acto primero, escena segunda
Acto primero, escena tercera
Acto primero, escena cuarta
Acto segundo, escena primera
Acto segundo, escena segunda
Acto tercero, escena primera
Acto tercero, escena segunda
Acto tercero, escena tercera
Acto cuarto, escena primera
Acto cuarto, escena segunda
Acto cuarto, escena tercera
Acto quinto, escena primera
Acto quinto, escena segunda
Acto quinto, escena tercera

Acto primero, escena primera

Rocas escarpadas que ciñen el lago de los Cuatro cantones, frente a Schwyz. El lago forma un golfo. Próxima a la orilla, una cabaña; en el lago, un muchacho pescador en su barca. En el fondo, verdes praderas, aldeas, alquerías de Schwyz, alumbradas por los rayos del sol.

A la izquierda, se divisan los picos de las montañas coronadas de nubes; y a la derecha, a lo lejos, los ventisqueros. Antes de levantarse el telón, suena el canto pastoril que llaman Kuhreihen y el cencerreo de los rebaños, y continúan hasta poco después.

Pescador: (Canta en su barca, con la música del Kuhreihen.) El lago sonríe; invita a bañarse.

Dormía el niño, recostado en la verde orilla, oyó suave sonido como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el paraíso; cuando despierta gozoso, la onda baña su pecho, y una voz salida del fondo de las aguas, le dice:

"¡Oh! niño mío, me perteneces; te sorprendo en brazos del sueño, y voy a llevarte a mi morada."

Pastor: (En la montaña, variación del Kuhreihen.) "¡Adiós! pastos, praderas que dora el sol; los pastores deben separarse; huye el verano. Treparemos a los montes, para volver cuando se deje oír el cuclillo, y resuenen las canciones, y se revista de flores la tierra, y con la llegada de mayo hermoso manen las fuentes.

Adiós, pastos, praderas que dora el sol; los pastores deben separarse; huye el verano.

Cazador de los Alpes: (Parece en lo alto de las rocas. Segunda variación del Kuhreihen.) Truena en las alturas, tiembla la palanca,

pero el cazador prosigue impávido su camino; resistiendo al vértigo: osado avanza por campos de hielo. Allí, no florece la primavera, ni. verdea un solo ramo.

Tiene bajo sus plantas un océano de nubes, y no divisa las ciudades de los hombres; sólo ve el mundo a través de la rasgada niebla, y la verde campiña le aparece, debajo de las aguas." (Cambia el aspecto del paisaje;. suena sordo rumor en la montaña, y la sombra de las nubes cubre la comarca.

Ruodi el pescador, sale de su cabaña. Werni, el cazador, desciende de las rocas. Kuoni, el pastor, se adelanta con una cántara de leche. Seppi, su criado, le sigue.

Ruodi: Date prisa, Jenni; saca la barca a la orilla. Amenaza y se acerca la tempestad; el pico de Mitene se corona de nubes y silva el viento glacial saliendo de su caverna; estallará la tormenta antes de lo que pensamos.

Kuoni: Lluvia tenemos, buen batelero; mis ovejas pacen la yerba con ansia, los perros escarban la tierra.

Werni: Saltan los peces, y se sumerge la gallineta; la tempestad hace camino.

Kuoni: (A Seppi.) A ver, Seppi, si se ha dispersado la vacada.

Seppi: Oigo la esquila de la pelinegra Liseta.

Kuoni: Entonces no falta una sola vaca, porque ésta llega siempre la última.

Ruodi: Vuestras esquilas, buen pastor, tienen un sonido agradable.

Werni: Y es buena la vacada. ¿Es vuestra, compañero?

Kuoni: No soy tan rico; es de mi bondadoso señor de Attinghausen, que la confió a mi cuidado.

Ruodi: ¡Qué bien sienta este collar a esta vaca!

Kuoni: Harto conoce que dirige el rebaño; si se lo quitara dejaría de pacer.

Ruodi: ¿Esto creéis, de un animal sin razón?

Werni: Pronto está dicho eso. También los animales tienen inteligencia. Nadie lo sabe como nosotros, los cazadores de gamuzas. Cuando quieren pacer tranquilamente, colocan previsoras a poca distancia un centinela que aguza el oído, y anuncia con un gritó la proximidad del cazador.

Ruodi: (Al pastor.) ¿Volvéis a casa?

Kuoni: Ha pasado la estación de los pastos en los Alpes.

Werni: Os deseo un feliz regreso, buen pastor.

Kuoni: Y yo a vos; que no siempre se vuelve de vuestras excursiones.

Ruodi: ¡Un hombre viene corriendo hacia acá!

Werni: Le conozco. Es Baumgarten de Alzellen.

Conrado Baumgarten: (Sin aliento.) Por amor de Dios... vuestra barca, batelero.

Ruodi: Pero bien, ¿qué hay que urge tanto?

Baumgarten: Desatad la barca, y me salvaréis la vida. Conducidme a la orilla opuesta.

Kuoni: ¿Qué os pasa, amigo?

Werni: ¿Quién os persigue?

Baumgarten: Daos prisa, daos prisa, porque me siguen de cerca. Me persiguen los soldados del gobernador, y soy muerto si me cogen.

Ruodi: ¿Y por qué os persiguen?

Baumgarten: Salvadme, primero; luego os lo diré.

Werni: Estáis manchado de sangre; ¿qué ha ocurrido?

Baumgarten: El baile del emperador que residía en Rossberg..

Kuoni: ¿Os persigue Wolfenschieszen?

Baumgarten: No; ya no hará más daño a nadie; le he muerto.

Todos: (Retrocediendo.) ¡Dios os socorra! ¿qué habéis hecho?

Baumgarten: Lo que todo hombre libre, en mi lugar. He usado de mi derecho contra quien atentaba a mi honor y al de mi esposa.

Kuoni: ¿El baile atentó a vuestro honor?

Baumgarten: Dios y mi hacha se han opuesto a sus infames designios.

Werni: ¿Le habéis partido el cráneo de un hachazo?

Kuoni: Contadnos lo ocurrido, tenéis tiempo para ello, mientras botan al agua el batel. Baumgarten.

— Había salido a cortar leña en el bosque, cuando de pronto veo llegar a mi mujer, sofocada, angustiada, y me dice que viene huyendo de casa donde se le ha presentado el baile, ordenándole preparar un baño, y haciéndole indignas proposiciones. Inmediatamente me voy allá, y sin aguardar nada, descargo sobre él un hachazo.

Werni: Hicisteis perfectamente Y nadie podrá culparos.

Kuoni: ¡Miserable! Encontró lo merecido. Mucho ha que el pueblo de Unterwald le debía otro tanto.

Baumgarten: El suceso se ha hecho público...; me persiguen y mientras hablamos... ¡Dios mío!... el tiempo pasa! (Truena.)

Kuoni: Despacha, batelero; conduce este hombre a la orilla opuesta.

Ruodi: No os embarcáis; terrible tempestad se acerca, y fuerza es aguardar.

Baumgarten: ¡Santo Dios!... No me es posible; cada instante que pasa es mortal.

Kuoni: (Al pescador.) Probadlo; con la ayuda de Dios, es necesario auxiliar al prójimo. Lo mismo puede sucedernos un día a nosotros. (Rayos y truenos.)

Ruodi: El Foehn se desencadena. ¡Ved qué formidable oleaje! ¡No podré conducir mi barca luchando con la tormenta y las olas!

Baumgarten: (Abrazándose a sus rodillas.) ¡Qué Dios tenga piedad de vos, como vos de mí!

Werni: Va en ello su vida, batelero; compadecedle.

Kuoni: Es padre de familia; tiene esposa... tiene hijos... (Redoblan los truenos.)

Ruodi: ¡Pero también yo arriesgo en ello mi vida! ¡también yo tengo esposa y tengo hijos en casa! Oid cómo ruge y avanza la tormenta; ved cómo se alzan las olas del fondo del lago. Yo bien quisiera salvar a ese bravo, pero ya veis que es absolutamente imposible.

Baumgarten: (De rodillas.) Fuerza será, pues, que caiga en manos de mis enemigos, cuando me hallo próximo a la playa salvadora... cuando la veo enfrente de mí... Allí está; la alcanzan mis ojos; llega a ella el eco de mi voz...; y aquí, la barca, que me conduciría a ella... ¿y debo quedarme sin socorro y sin esperanza?

Kuoni: Mirad quién viene.

Werni: Tell de Bürglen.

Guillermo Tell: (Armado de su ballesta.) ¿Quién es este hombre que implora socorro?

Kuoni: Un vecino de Alzellen que ha defendido su honor, y ha muerto a Wolfenschieszen, el baile regio de Rossberg. Los guardias del gobernador siguen sus pasos, y ruega al batelero que le conduzca

a la otra orilla, pero éste, amedrentado por la tempestad, no quiere arriesgarse a ello.

Ruodi: Tell sabe también manejar el remo; él os dirá si es posible tentar ese paso.

Tell: Cuando la necesidad apremia, batelero, se pasa todo. (Grandes truenos, braman las olas.)

Ruodi: Sería como arrojarme a la boca del infierno. Ningún hombre sensato lo intentaría.

Tell: Los valientes sólo se acuerdan de ellos en último lugar. Fía en el cielo, y socorre al oprimido.

Ruodi: Desde el puerto, fácil es dar consejos. Aquí está la barca; aquí está el lago; probadlo.

Tell: El lago puede calmarse y el gobernador no. Haz un esfuerzo, batelero.

El Pastor y el Cazador: Salvadle! ¡salvadle, salvadle!

Ruodi: No; aunque fuera mi hermano; aunque fuera mi propio hijo; no es posible. Hoy es el día de San Simón y San Judas... el lago está enfurecido y reclama su presa.

Tell: De nada sirven las palabras, el tiempo apremia, y es necesario socorrer a este hombre. Dí, batelero, ¿quieres llevarlo?

Ruodi: No; yo, no.

Tell: Pues bien. ¡Dios me proteja! venga la barca; voy a ensayar mi débil brazo.

Kuoni: ¡Valiente Tell!

Werni: ¡Acción digna de un cazador!

Baumgarten: Tell, sois mi salvador, mi ángel bueno.

Tell: Os sustraeré a la cólera del enemigo, mas forzoso será que otro os proteja contra las olas. Pero siempre vale más ponerse en manos de Dios, que en manos de los hombres. (Al pastor.) Amigo, vos consolaréis a mi mujer, si me sucede alguna desgracia.

Hago lo que no puedo excusar. (Entra en la barca.)

Kuoni: (Al pescador.) Sois un piloto ¿y no os atrevéis a intentar lo que Tell?

Ruodi: Otros que valen más que yo, no le imitarían. No hay dos hombres como él en estas montañas.

Werni: (Encaramado en una roca.) Partió. ¡Que Dios te socorra, bravo batelero! ¡Mirad cómo danza la barca sobre las olas!

Kuoni: (Desde la ribera.) El oleaje se eleva hasta cubrirla... Ya no veo.. Reaparece... ¡Cómo lucha el experto piloto con la oleada!

Seppi: ¡Los guardias del gobernador se acercan!

Kuoni: ¡Dios mío!... son ellos... Era ya tiempo de socorrerle... (Llegan en tropel algunos caballeros de Landenberg.)

Primer Caballero: Entregadnos al asesino que habéis ocultado.

Segundo Caballero: En vano intentaréis negar que tomó este camino.

Kuoni y Ruodi: ¿De quién habláis, caballero?

Primer Caballero: (Viendo la barca.) ¿Qué veo?... ¡Diablo!

Werni: (Desde su altura.) ¿Buscáis al de la barca?... Entonces, galopad, y podéis todavía alcanzarle.

Segundo Caballero: ¡Maldición!... se nos escapó.

Primer Caballero: (Al pastor y al pescador.) Le habéis auxiliado y debéis sufrir castigo. ¡Caed sobre sus rebaños, destruid esta choza, matad, incendiad!

Seppi: (Huyendo.) ¡Oh! ¡mis corderos!

Kuoni: (Siguiéndole.) ¡Desdichado de mí!... ¡Mi rebaño!

Werni: ¡Malvados!

Ruodi: (juntando las manos.) ¡Justicia divina!... ¿Cuándo llegará el libertador de esta comarca? (Le sigue.)

Acto primero, escena segunda

Cerca de Stein, en Schwyz. Un tilo enfrente de la casa de Stauffacher, situada en la carretera, junto a un puente.

Werner Stauffacher: Pfeifer de Lucena; llegan conversando; Gertrudis.

Pfeifer: Sí, sí, maestro Stauffazher, como os iba diciendo, no prestéis juramento de fidelidad al Austria, si es posible excusarlo. Permaneced como hasta ahora firme y resueltamente adicto al imperio, y Dios os conserve vuestros antiguos privilegios. (Estrecha cordialmente su mano, e intenta alejarse.)

Stauffacher: Aguardad hasta que vuelva mi mujer; sois mi huésped en Schwiz, como yo el vuestro en Lucerna.

Pfeifer: Mil gracias, pero me es forzoso estar hoy mismo en Gersau.

Cuando os veáis obligado a sufrir de la codicia e insolencia de los bailes, soportadlo con resignación, porque semejante estado de cosas puede cambiar de repente, con ascender al trono otro emperador; pero una vez os habréis entregado al Austria, será para siempre. (Se va.) (Stauffacher se sienta pensativo a la sombra del árbol;

Gertrudis, su mujer, le sorprende así, se acerca a él, y le contempla largo rato en silencio.

Gertrudis: ¡Cómo tan grave amigo mío! No te reconozco... muchos días ha que observo silencios! en tu frente la huella de sombrío pesar. Sí; mudo pesar oprime tu corazón; confíamelo. Soy tu fiel esposa y reclamo mi parte en tus penas. (Stauffacher le tiende la mano, sin decir palabra.) ¿Qué puede entristecerte? Dímelo.

Dios bendice tu trabajo; tu fortuna es floreciente; henchidos tus graneros; tus caballos, tus bueyes regresan bien apacentados de los montes, para pasar el invierno en cómodos establos. Se alza tu casa como noble morada, decoran sus habitaciones nuevos artesones dispuestos con orden y simetría, y la adornan y prestan claridad numerosas ventanas.

Brillan en ella restaurados escudos, y sabias máximas que lee y admira el viajero deteniendo el paso.

Stauffacher: Ciertamente mi casa es cómoda y bien construida, pero ¡ay! que tiembla el suelo en que la edificamos.

Gertrudis: ¡Werner de mi alma!... ¿qué quieres decir?

Stauffacher: Poco ha me hallaba sentado como ahora bajo este tilo, pensando con placer que mi casa estaba terminada, cuando llega el gobernador de su castillo de Kussnacht, con sus caballeros, y se detiene sorprendido delante de ella; yo me levanto inmediatamente, adelantándome con respeto, como es debido a quien representa en este país al emperador.

— ¿De quién es esta casa? — pregunta con malignidad, porque harto lo sabía. Reflexiono un instante, y respondo: — Señor gobernador, esta casa es del emperador mi soberano, y vuestro soberano, y yo la poseo en feudo — . Y dice él:

— Gobierno el país en nombre del emperador, y no quiero en modo alguno que simples villanos edifiquen casas por su propia cuenta y vivan con libertad como si fueran los señores de la comarca; pensaré en el modo de impedíroslo — .

Dicho esto partió con semblante amenazador, dejándome a mí cuidadoso y pensativo con lo dicho.

Gertrudis: Caro esposo y señor; ¿quieres recibir de tu mujer un razonable consejo? Me honro con ser la hija del noble Iberg, que es

hombre muy experto.

Más de una vez, sentada con mis hermanas y mientras hilábamos por las noches, vi a los prohombres del pueblo reunidos en la casa de mi padre para leer las cartas de los antiguos emperadores y discutir maduramente sobre el bienestar del país.

Atenta escuchaba yo sus discretas frases, las reflexiones del inteligente, los deseos del hombre de bien; de todo conservo memoria. Oye pues; medita lo que te digo, porque mucho ha que conozco la causa de tu pesar. El gobernador está irritado contra ti, y quisiera hacerte mala obra, porque eres obstáculo a sus deseos.

Ansía someter a los habitantes de Schwyz a la nueva casa real, pero ellos, como sus dignos antepasados, persisten fieles al imperio ¿No es esto, Werner.... Dime si me engaño.

Stauffacher: Verdad, esta es la causa de la violencia de Geszler.

Gertrudis: Te envidia la dicha de vivir como hombre libre en tu propia heredad, porque él no posee ninguna. Tienes esta casa en feudo del imperio y del emperador, y puedes probarlo, como el príncipe su derecho a poseer sus dominios; no reconoces sobre ti otro soberano que el primero de la cristiandad.

El gobernador es, por el contrario, el segundón de su familia y sólo posee su manto de caballero; por esto mira con malos ojos y con alma emponzoñada la felicidad de los hombres de bien. Hace mucho tiempo que ha jurado perderte, y hasta ahora saliste librado... ¿Aguardarás a que cumpla sus malvados designios?

El que es prudente toma sus precauciones.

Stauffacher: ¿Qué debe hacerse?

Gertrudis: (Acercándose.) Oye mi consejo. Sabes cuánto se quejan de la rapacidad y crueldad el gobernador todos los hombres honra-

dos de Schwyz; no dudes que a la otra orilla del lago, en el país de Uri y Unterwald, están cansados de semejante yugo, porque Landenberg se porta allí con tanta crueldad como aquí Geszler.

Apenas llega una barca que no nos traiga la noticia de alguna nueva desgracia, de alguna violencia del gobernador. Convendría que algunos de vosotros, los más discretos, os reunierais pacíficamente para excogitar el medio de libertaros de semejante despotismo. Creo que Dios no había de abandonaros, y sería favorable a la justicia.

¿No tienes en Uri un amigo a quien puedas abrir tu corazón?

Stauffacher: Conozco allí muy buena gente y ricos y respetados vasallos, que son amigos míos y a quienes puedo fiar mis secretos. (Se levanta.) ¡Ah, esposa de mi alma! ¡Qué tempestad de peligrosas ideas levantas en mi ánimo tranquilo!

Pones ante mí, y a faz del sol, su interior, y lo que al pensamiento negaba; tus labios lo pronuncian con osadía y ligereza. ¿Pero has reflexionado bien qué me aconsejas? ¿Quieres traer a este pacífico valle la terrible discordia y el estruendo de las armas? ¿Osaremos nosotros, débiles pastores, atacar al señor del mundo?

Sólo esperan un plausible pretexto para lanzar sobre este mísero suelo las feroces hordas de sus soldados, y ejercer los derechos del conquistador, y con apariencias de justo castigo, aniquilar nuestros antiguos privilegios.

Gertrudis: Hombres sois también; sabéis manejar el hacha... Dios ayuda a los valientes.

Stauffacher: ¡Oh, esposa mía! Terrible calamidad es la guerra, y alcanza a los rebaños y al pastor.

Gertrudis: Debemos soportar las penas que envía el cielo, pero un noble corazón no soporta la injusticia.

Stauffacher: Te gusta esta casa que hemos construido, ¿verdad? Pues la guerra la reducirá a cenizas.

Gertrudis: Si creyese que mi alma estaba encadenada a este pasajero bien, con mi propia mano le pegaría fuego.

Stauffacher: Amas a la humanidad, ¿verdad? pues la guerra no exime de la muerte al tierno niño en la cuna.

Gertrudis: La inocencia tiene en el cielo un protector. Extiende tu mirada delante de ti, Werner, y no a tu espalda.

Stauffacher: Nosotros los hombres podemos morir combatiendo como valientes, pero ¿cuál es vuestra suerte?

Gertrudis: Los más débiles podemos tomar también nuestro partido; me arrojo desde este puente, y héteme libre.

Stauffacher: (Arrojándose en sus brazos.) Quien oprime un corazón como el tuyo contra su pecho, puede batirse gozoso por su hogar y sus ganados, y no teme las armas de rey alguno.

Voy ahora mismo a Uri; allí tengo un huésped, un amigo, Walther Fürst, que piensa de tales tiempos lo mismo que yo... Allí encontraré también al noble señor de Attinghausen; aunque de elevada alcurnia, ama al pueblo y honra las antiguas costumbres.

Los tres discutiremos los medios de defendernos con valor contra los enemigos del país... Adiós... y en mi ausencia, cuida solícita de la casa; abre tu mano generosa al peregrino y al fraile mendicante, y no permitas que se alejen sin haberles atendido en todo.

La casa de Stauffacher no se oculta a los ojos del viajero; albergue hospitalario, se levanta al borde del camino. (Mientras se aleja hacia el foro, salen Guillermo y Baumgarten.)

Tell: (A Baumgarten.) Ahora ya no tenéis necesidad de mí. Entrad en esta casa, morada de Stauffacher, padre de los oprimidos... verle

allí en persona... Seguidme, venid. (Van hacia él.)

Acto primero, escena tercera

Una plaza pública de Altdorf. En una altura del fondo se levanta una fortaleza en construcción pero bastante adelantada, de modo que puede distinguirse la forma del edificio. La parte posterior está terminada; algunos obreros trabajan en la fachada subiendo y bajando de los andamios, y otro en el tejado. Todo es movimiento y animación.

El Cabo de Vara: El Cantero. Sus Oficiales y Peones.

El Cabo: (Con su vara aviva a los obreros.) Vaya; ¡poco vagar!... Vengan las piedras, la cal, la argamasa; es preciso que cuando llegue el señor gobernador halle muy avanzada la obra. ¡Vais a paso de tortuga! (A dos peones.) ¿A esto llamáis una carga? ¡A traer el doble... al instante!

Estos holgazanes no hacen lo que debieran!

Primer Compañero: Es muy duro vernos obligados a trasportar con las propias manos las piedras de nuestro calabozo.

El Cabo: ¿Qué estáis murmurando? Miserable pueblo que sólo sirve para guardar vacas y andorrear por estos montes.

Un Viejo: (Sentándose.) ¡No puedo más!

El Cabo: (Empujándole.) ¡Vaya!... vejete... a trabajar.

Primer Oficial: No tenéis entrañas; forzar así a tan rudo servicio a un pobre viejo que apenas puede tenerse.

El Cantero y sus Compañeros: ¡Esto clama al cielo!

El Cabo: Cuidad de lo que os importa; cumplo mi deber.

Segundo Oficial: ¿Cómo se llamará el fuerte que estamos construyendo?

El Cabo: Se llamará la servidumbre de Uri; bajo este yugo doblaréis la cabeza.

Los Obreros: ¿La servidumbre de Uri?

El Cabo: ¿Por qué reís?

El Segundo Oficial: ¿Con este pequeño edificio queréis esclavizar a Uri?

El Primer Oficial: Mirad cuántos montoncillos de tierra os será forzoso echar uno encima de otro para igualar la más bajá montaña de Uri. (El cabo se retira hacia el foro.)

El Cantero: Arrojaré al fondo del lago el martillo con que construí este edificio. (Tell y Stauffacher llegan.)

Stauffacher: ¡Oh! habré vivido tan sólo para presenciar semejantes espectáculos!

Tell: Aquí no se siente uno bien; alejémonos.

Stauffacher: ¡Me hallo realmente en Uri, patria de la libertad!

El Cantero: ¡Oh! señor, si hubieseis visto el calabozo construido — debajo de la torre!... El que sea encerrado allí no oirá el canto del gallo.

Stauffacher: Mirad estos baluartes, estos estribos, que parecen construidos para la eternidad.

Tell: Lo que las manos alzaron, las manos pueden derribarlo. (Señalando la montaña.) Dios nos dio la fortaleza de la libertad. (Suena un tambor, llegan algunos hombres con un sombrero en lo alto de un palo. Un pregonero les sigue; mujeres y niños salen en tumulto.)

El Primer Oficial: ¿Qué significa este tambor?...

El Cantero: ¿Qué mascarada es ésta? ¡Atención!... ¿Para qué es este sombrero?

El Pregonero: En nombre del emperador, oid.

Los Obreros. — Silencio; oid.

El Pregonero: Habitantes de Uri; ahí tenéis este sombrero que va a ser colocado en lo alto de un mástil, en medio de Altdorf, en el sitio más elevado. Es la voluntad del señor gobernador, que este sombrero sea honrado como su propia persona.

El que pase por delante de él, debe hincar la rodilla y descubrirse, con lo cual reconocerá el rey a sus súbditos. Quien no cumpla esta orden será castigado con pena corporal y la confiscación de sus bienes. (El pueblo prorrumpe en una carcajada, suena el tambor, y se retiran los soldados.)

El Primer Oficial: ¿Qué nueva extravagancia se le ocurrió al gobernador? ¡Honrar a su sombrero nosotros! ¿Habéis visto nunca cosa igual?

El Cantero: ¡Que hinquemos la rodilla delante de un sombrero!... ¿Así se hace burla de un pueblo grave y respetable?

El Primer Oficial: Si fuera la corona imperial podría pasar, pero el sombrero austríaco, tal como lo vi colgar del trono, cuando fuimos a prestar homenaje...

El Cantero: ¡El sombrero austríaco!... ¡Mucho cuidado!... es un lazo que se nos tiende para entregarnos al Austria.

Los Obreros: No habrá hombre de honor que se someta a esta humillación.

El Cantero: Venid a poneros de acuerdo con los demás. (Se retiran el foro.)

Tell: (A Stauffacher.) Ya veis lo que ocurre... Con Dios, maestro Werner.

Stauffacher: ¿A dónde vais?... No tengáis tanta prisa...

Tell: La casa reclama al padre, adiós.

Stauffacher: Mi corazón rebosa; quisiera hablaros.

Tell: Las palabras no alivian al corazón oprimido.

Stauffacher: Pero las palabras podrían llevarnos a las obras.

Tell: Por ahora, fuerza es callar y resignarse.

Stauffacher: ¿Sufriremos lo insufrible?

Tell: El reinado de los tiranos violentos es el más breve. Cuando se desencadena la tempestad, se apagan los hogares, se refugian las barcas en el puerto, y pasa el terrible huracán sobre el haz de la tierra sin causar perjuicio, y sin dejar rastro.

Viva tranquilo cada cual en su casa, que fácilmente se deja en paz a los pacíficos.

Stauffacher: ¿Tal os parece?

Tell: La serpiente no pica si no la excitan. Si ven que el país permanece tranquilo, se cansarán.

Stauffacher: Mucho podríamos si unidos esperáramos.

Tell: En el naufragio se auxilia más fácilmente a sí mismo el que va solo.

Stauffacher: ¿Con tal frialdad abandonáis la causa pública?

Tell: Sólo consigo mismo puede contar cada cual.

Stauffacher: Pero de la unión de los débiles nace la fuerza.

Tell: Pero el fuerte lo es más, si va solo.

Stauffacher: Decid pues, que la patria no puede contar con vos para el caso de acudir a la resistencia en su desesperación.

Tell: (Tomándole la mano.) Tell que salva a un cordera caído en un precipicio, ¿abandonaría a los suyos? Mas sea lo que quiera lo que

hagáis, no me invitéis a vuestras reuniones, porque no puedo discutir ni reflexionar largamente.

Si tenéis necesidad de mí para un golpe atrevido, llamad entonces a Tell y no faltará. (Se van en opuesta dirección. De repente suena un alboroto junto a los andamios.)

El Cantero: ¿Qué pasa?

El Primer Oficial: (Se adelanta gritando.) El pizarrero se ha caído de la cubierta.

Berta: (Seguida de algunas personas.) ¿Ha muerto?... Corred, socorredle, salvadle, si hay tiempo.. Salvadle... ahí tenéis oro. (Reparte entre los presentes sus joyas.)

El Cantero: ¡Por el oro!. Pensáis conseguirlo todo con vuestro oro. Después de haber arrebatado un padre a sus hijos, un marido a su mujer, sembrando la desolación, pensáis compensarlo todo con dinero! Id enhorabuena; antes de vuestra venida vivíamos felices y con vosotros llegó la desesperación.

Berta: (Al cabo de vara que entra.) ¿Vive? (El Cabo hace un signo negativo.) ¡Oh!... infame fortaleza, edificada para la maldición; la maldición pesará sobre sus habitantes. (Se va.)

Acto primero, escena cuarta

En la casa de Walther Furst.

Walther Furst y Arnoldo de Melchthal: Salen por diverso lado.

Melchthal: Maestro Walther Furst..

Walther: Si nos sorprendieran... Aguardad... estamos rodeados de espías.

Melchthal: ¿No me traéis noticia alguna de Unterwald? ¿de mi padre? Se me hace insoportable seguir aquí, ocioso como un prisionero. ¿Qué hice yo, para verme forzado a ocultarme lo mismo que un criminal?

¡Por fracturar un dedo, de un palo, al lacayo insolente que quiso apoderarse por orden del gobernador de la mejor yunta que poseo!...

Walther: Sois demasiado vivo de genio. El hombre estaba al servicio del gobernador, y era enviado suyo. Habíais incurrido en una falta, y por penoso que os fuera, debíais soportar en silencio su castigo.

Melchthal: ¿Debía soportar también las frases insolentes.de este miserable? Si el labrador, dijo, quiere comer, puede tirar él mismo de la carreta. Sentí que se me partía el corazón, cuando le ví desuncir mi hermoso par de bueyes; mugían sordamente y topetaban como si hubiesen conocido la injusticia.

Entonces, arrebatado por la cólera, fuera de mí, apaleé al mensajero.

Walther: ¡Oh! si a duras penas dominamos nuestro corazón, ¿qué hará la ardiente juventud?

Melchthal: Solo el recuerdo de mi padre causa mi aflicción. Necesita de mis cuidados, y su hijo vive lejos de él. Odiado por el gobernador, porque defendió noblemente la causa de la justicia y la libertad, ¡ay! será oprimido ¡pobre anciano! y no tiene quien le defienda de un ultraje.

Sea de mí lo que quiera vuelo a su encuentro.

Walther: Aguardad con paciencia, al menos hasta que nos lleguen noticias de Unterwald... Oigo que llaman; retiraos. Tal vez un emisarios del gobernador... Escondeos; en Uri no estáis al abrigo del poder de Landenberg, porque los tiranos se auxilian mutuamente.

Melchthal: Nos enseñan lo que debiéramos hacer nosotros.

Walther: Escondeos; os llamaré, si nada hubiese que temer. (Melchthal se va.) ¡Desdichado!... No me atrevo a confesarle la desgracia que presiento. — ¿Quién?... ¡Siempre que llaman, aguardo una calamidad!

La sospecha y la traición velan en torno; los satélites de la tiranía se introducen hasta en el sagrado del hogar...; pronto será necesario atrancar las puertas y echar cerrojos. (Abre, y retrocede sorprendido viendo a Werner Stauffacher.) ¿Qué veo?... ¡Vos... Werner! ¡Bien, digno y querido huésped, por vida mía!

Otro mejor que Vos no pisó nunca estos umbrales. ¡Bienvenido a mi casa!, ¿Qué os trae por acá?... ¿Qué buscáis en Uri?

Stauffacher: (Dándole la Mano.) El tiempo viejo, y la vieja suiza.

Walther: Van con vos, amigo. ¡Cuánto me alegro de veros! vuestra sola presencia me alegra el corazón. Sentaos, maestro Werner... ¿Cómo habéis dejado a vuestra buena esposa Gertrudis, la discreta hija del prudente Iberg?... Cuantos se dirigen de Alemania a Italia, elogian vuestro hospitalario techo.

Pero decidme, si venís de Fluelen, ¿habéis observado alguna novedad antes de llegar aquí?

Stauffacher: (Se Sienta.) He visto un nuevo y sorprendente edificio que no me alegró mucho que digamos.

Walther: ¡Ah! amigo mío. De una sola ojeada lo habéis visto todo.

Stauffacher: Nunca se vio tal en Uri; no hay memoria de que hayan existido cárceles en nuestra patria, ni otra construcción durable que no fuese la tumba

Walther: Y esta es la libertad; le habéis dado su verdadero nombre.

Stauffacher: Maestro Walther Furst, no quiero ocultamos que no me trae aquí ociosa curiosidad; vengo preocupado por tristes ideas. Dejé en mi cantón la tiranía, y hallo la tiranía aquí. Nuestros sufrimientos son ya de todo en todo insoportables, y no se ve fin a semejante estado.

De antiguo, Suiza fue siempre libre..., estamos acostumbrados a ser regidos con bondad. Desde que los pastores recorren estas montañas, no se vio jamás nada semejante a lo que hoy ocurre.

Walther: Verdad; no hay ejemplo de conducta parecida; nuestro noble señor de Attinghausen que alcanzó los viejos tiempos, opina como nosotros, que esto es insoportable.

Stauffacher: En Unterwald también va muy mal la cosa. Ha ocurrido un caso de cruenta venganza. Wolfenschieszen, baile del emperador, que residía en Rossberg, codiciaba la esposa de Baumgarten de Alzellen, y como quisiera recurrir a la violencia, éste lo mató de un hachazo.

Walther: ¡Justos castigos de Dios!... ¿Baumgarten habéis dicho?... hombre honrado y bondadoso... ¿Logró escapar y esconderse?

Stauffacher: Vuestro yerno lo condujo a la opuesta orilla del lago, y yo le dí asilo en mi casa. El buen hombre me ha contado algo más espantoso todavía, ocurrido en Sarnen; algo que debe partir el corazón de todo hombre de bien.

Walther: (Prestando atención.) Decidme ¿qué ha pasado?

Stauffacher: Vive en Melchthal, cerca de Kerns, un buen hombre, llamado Enrique de Halden, que goza de alguna influencia en el país.

Walther: ¡Quién no le conoce! Bien, ¿qué le ha ocurrido?... Acabad.

Stauffacher: Landenberg, para castigar a su hijo por una ligera falta, quiso apoderarse de sus mejores bueyes, uncidos a la carreta; y el mozo hirió al emisario de Landenberg y se fugó.

Walther: (Con viva ansiedad.) ¿Pero el padre?... Decid, ¿qué le ha pasado?

Stauffacher: Landenberg intima al padre a que inmediatamente entregue al fugitivo, y como el buen anciano juraba con verdad que no tenía de él noticia alguna, el gobernador llama a los verdugos...

Walther: (Se levanta y quiere llevarle al otro lado de la escena.) ¡Oh! silencio!... ni una palabra más...

Stauffacher: (Elevando la voz.) "El hijo se me escapa — decía — pero tú has caído entre mis manos. Echadle al suelo y pinchadle filos ojos con un punzón de acero."

Walther: ¡Dios de misericordia!

Melchthal: (Entrando precipitadamente en la sala.) ¿Los ojos, habéis dicho?

Stauffacher: (Sorprendido; a Walther.) ¿Quién es este mancebo?

Melchthal: (Convulsivo.) ¡Los ojos!... hablad.

Walther: ¡Desgraciado!

Stauffacher: ¿Quién es? (Walther le hace una seña...) ¿Este es el hijo?... ¡Justo Dios! Melchthal. — ¡Y yo estaba fuera!... ¡en ambos ojos!

Walther: Dominaos; soportad como hombre esta desgracia.

Melchthal: Y por mi culpa... a consecuencia de mi arrebato... ¡Ciego! ¡ciego realmente! ¡ciego por completo!

Stauffacher: Lo he dicho ya; la luz de sus ojos se ha extinguido para siempre; no verá jamás la luz del día.

Walther: Respetad su dolor.

Melchthal: ¡Nunca!... ¡nunca jamás! (Pone la mano en sus ojos y calla breve rato; luego se dirige alternativamente a sus amigos con voz ahogada por el llanto.) ¡Oh! ¡Noble presente del cielo es la luz del día!..

Todos los seres, todas las criaturas felices viven de la luz... La misma planta la codicia gozosa... ¡y él vivirá en noche perpetua, en eternas tinieblas!

No han de regocijar sus miradas ni la verdura de los prados, ni el esmalte de las flores y sus purpurinos matices... ¡Morir es nada!... pero vivir y no ver... ¡esto es lo horrible!

¿Por qué me miráis con tal compasión?... ¡Poseo dos buenos ojos, y no puedo dar ninguna a mi padre ciego, no puedo darle una chispa de este océano de luz en el que se sumerge mi vista deslumbrada!

Stauffacher: ¡Ah!.. Por desdicha he de aumentar vuestro dolor, lejos de remediarlo. Vuestro padre es más desgraciado todavía, porque el gobernador le arrebató cuanto posee, dejándole tan sólo un bastón para que fuera de puerta en puerta desnudo y ciego.

Melchthal: ¡Sólo un bastón para este anciano ciego! privado de todo, hasta de la luz del sol, el patrimonio de los pobres!... No me habléis ya de seguir aquí, de esconderme.

¡Cuán cobarde fui pensando en la propia seguridad, y no en la tuya, abandonando, como prenda, en manos de estos miserables, tu amada cabeza, ¡padre mío...! ¡Lejos de mí, vil precaución:

No quiero pensar en otra cosa que en tomar sangrienta venganza... ¡Nadie podrá detenerme!... Quiero exigirle al gobernador los ojos de mi padre... le hallaré rodeado de sus tropas... ¡Qué me importa la vida, ahogo en su sangre mi dolor! (Va a salir.)

Walther: Aguardad, ¿qué podéis contra él? ¡En Sarnen, en su castillo, de lo alto de su inexpugnable fortaleza, se ríe de vuestro impotente dolor!

Melchthal: Aunque habitara en los palacios de hielo de Schreckhorn, o allá más lejos todavía, en las eternas nubes donde se oculta el Jungfrau, me abriré camino hasta él, y con veinte jóvenes resueltos como yo, derribaré su fortaleza.

Y si nadie quisiera seguirme; si temblando por vuestras chozas, por vuestros ganados, dobláis el cuello al yugo de la tiranía, convocaré a los pastores de las montañas, y bajo la bóveda del cielo, allí donde se guarda incorrupta la inteligencia, puro el corazón, les contaré tan espantosa crueldad.

Stauffacher: (A Walther Furst.) El mal llegó a su colmo... ¿aguardaremos hasta el último extremo?

Melchthal: ¿Qué extremo hemos de temer, cuando la pupila no está ya segura en la órbita? ¿Vivimos, acaso, indefensos? ¿Para qué habremos aprendido a tirar la ballesta, y a manejar el hacha?

Toda criatura halla sus medios de defensa en la angustia de la desesperación; detiénese el ciervo fatigado y muestra a la jauría sus temibles ramas; la cabra montés lleva al abismo al cazador; el mismo buey, dócil y doméstico servidor del hombre, que dobla paciente la

ancha testuz bajo el yugo, la levanta irritado, agita sus cuernos poderosos y lanza por los aires a su enemigo.

Walther: Si las tres cantones pensaran como nosotros tres, bien podría tentarse un esfuerzo.

Stauffacher: Si Uri nos llama, si Unterwald promete su auxilio, Schwyz será fiel a los antiguos pactos.

Melchthal: Cuento con muchos amigos en Unterwald, y cada uno expondrá con gusto su vida, si se siente apoyado, protegido por su compañero.

¡Oh, venerables padres de esta comarca! vedme, joven todavía, entre vosotros dotados de tanta experiencia; debiera callar modestamente en vuestro consejo, mas no menospreciéis mis palabras y mis opiniones, porque sea joven o inexperto. No me anima juvenil arrebato, sino la violencia de mi dolor, dolor que enternecería las piedras.

También sois padres y jefes de familia, también deseáis, sin duda, un hijo virtuoso que honre vuestras canas y defienda solícito las pupilas de vuestros ojos.

Aunque no sufristeis todavía ni en vuestras personas ni en vuestros bienes, aunque vuestros bienes, aunque vuestros ojos claros y serenos se mueven todavía en su órbita, no sigáis extraños a tan gran dolor. También la espada de la tiranía se halla suspendida sobre vuestras cabezas.

Quisisteis sustraer el país a la dominación del Austria; mi padre no cometió otra falta; sois culpables como él, y os alcanzará el mismo castigo.

Stauffacher: (A Walther Furst.) Decidid; estoy pronto a seguiros.

Walther: Preciso es conocer la opinión de los nobles señores de Sillinen y de Attinghausen. Me parece que su nombre ha de atraernos

partidarios.

Melchthal: ¿Qué nombre es más respetado que el vuestro en estas montañas? El pueblo confía plenamente en tales nombres, que gozan de absoluto prestigio. Recibisteis de vuestros padres rica herencia de virtudes, y se enriqueció con vosotros... ¿Para qué necesitamos a los nobles?

Ejecutemos solos la empresa... ¿Que no somos los únicos en este país?... Harto sabremos defendernos solos.

Stauffacher: Los nobles no comparten nuestras desgracias; el torrente que asoló el valle, no alcanzó todavía a las colinas... Creo sin embargo, que no nos faltaría su auxilio, si vieran al país levantado en armas.

Walther: Si hubiese un mediador entre el Austria y nosotros, la justicia y las leyes resolverían la cuestión; mas como nuestro tirano es el emperador, el mismo juez supremo, no queda otro recurso que la ayuda de Dios y el esfuerzo de nuestro brazo... Sondead las intenciones de los de Schwyz... yo voy a reunir a los amigos en Uri... ¿a quién enviaremos a Unterwald?

Melchthal: Enviadme a mí... ¿a quién importa más el...

Walther: No puedo consentir en ello...; sois mi huésped, y tócame velar por vuestra seguridad. Melchthal. — Dejadme; conozco los caminos y el paso de las rocas; hallaré en todas partes amigos que me darán asilo, y me libertarán de mis perseguidores.

Stauffacher: Dejad que vaya con el auxilio de Dios. No hay entre aquella gente un solo traidor; aborrece la tiranía que no cuenta allí con auxiliar alguno... Baumgarten, además, nos ayudará a sublevar el país, y a reclutar partidarios.

Melchthal: ¿Cómo nos comunicaremos mutuamente las noticias más exactas, sin sugerir sospechas a los tiranos?

Stauffacher: Podríamos reunirnos en Brunnen o en Treib, donde arriban las barcas de los mercaderes.

Walther: No nos será posible dirigir la empresa con tanta publicidad. Oid mi parecer: a la izquierda del lago como quien va hacia Brunnen, y frente a Mythenstein, hay entre los bosques una pradera que los pastores llaman Rutli, porque se han cortado los árboles de aquel sitio.

Fronterizo a nuestro cantón, fronterizo al vuestro (a Melchthal.), ligero batel puede en poco tiempo llevaros a vos (a Stauffacher) de Schwyz hasta allí. Allí podemos acudir por la noche, y por desiertos caminos, y deliberar al abrigo de toda sorpresa.

Cada uno de nosotros puede llevar diez hombres que merezcan nuestra confianza; hablaremos en común del interés común, y con la ayuda de Dios tomaremos una resolución.

Stauffacher: ¡Así sea! Ahora, dadme la diestra; como los tres nos tendemos lealmente la mano, los tres cantones permanecerán unidos en vida y en muerte.

Walther y Melchthal: En vida y en muerte. (Siguen breve rato en silencio, estrechándose mutuamente las manos.)

Melchthal: ¡Oh ciego! ¡anciano padre mío! tú no has de ver el día de la libertad, pero oirás sus cánticos.

Cuando de Alpe en Alpe se alcen llameando las fogatas, y se derrumben las fortalezas de la tiranía, Suiza entera se dirigirá a tu casa con la feliz noticia, y la luz brillará para ti en las tinieblas. (Se separan.)

Acto segundo, escena primera

El castillo del barón de Attinghausen. Una sala gótica; adornan los ángulos algunas panoplias.

El Barón de Attinghausen, anciano de ochenta y cinco años, de noble y elevada estatura, vestido de pieles, apoyado en un bastón, con un cuerno de gamuza a guisa de adorno. Kuoni.y seis servidores más, en pie en torno suyo, armados de guadañas y rastrillos. Ulrico de Rudenz se adelanta vestido de caballero.

Rudenz: Heme aquí, tío, ¿qué me queréis?

Attinghausen: Permitidme antes que siguiendo la antigua costumbre de mi casa, beba la copa del desayuno con mis servidores. (Bebe en una copa que pasa luego de mano en mano.) Antes iba yo mismo con ellos al campo y al bosque, y como presidía sus trabajos, les llevaba con mi bandera al combate, pero ahora sólo puedo darles mis órdenes, y si el calor del sol no viene hasta mí, no puedo salir a buscarle al monte.

Cada día va limitándose el espacio que puedo recorrer, hasta que llegue a punto tal, que sea el último; aquel en que la vida se detiene. No soy más que mi propia sombra; bien pronto no quedará de mí otra cosa que mi nombre.

Kuoni: (A Rudenz, ofreciéndole la copa.) Bebo a vuestra salud, mi noble señor. (Rudenz titubea.) Vaya, bebed; no hay aquí más que un solo corazón y una sola copa.

Attinghausen: Retiraos, hijos míos; a la noche hablaremos de los asuntos del país. (Se van. A Rudenz.) Te veo muy engalanado y equipado. ¿Te dispones a salir para Altdorf a ver al gobernador?

Rudenz: Sí, querido tío, y no me atrevo a demorar por más tiempo la partida.

Attinghausen: (Sentándose.) ¿Tanto te urge? ¿Tan medidas tienes las horas que no puedes reservar un instante a tu buen tío?

Rudenz: Veo que no tenéis necesidad de mí y que soy un extraño en esta casa.

Attinghausen: (Después de haberle mirado largo rato.) Sí, por desgracia, y por desgracia también eres extranjero en tu patria. No te conozco, Ulrico; llevas vestidos de seda, te adornas con plumajes, cuelga de tus hombros manto de escarlata, tratas con desprecio al villano, y te avergüenzas de su amistoso saludo.

Rudenz: Con gusto le concedo lo que se le debe, pero le niego el derecho que se arroga.

Attinghausen: Gime la comarca bajo la cruel opresión del soberano, y semejante tiranía llena de dolor el alma de todo hombre de bien.

Sólo tú permaneces insensible a la general consternación; todos observan que te alejas de los tuyos para ponerte del lado de los enemigos de tu país, y te mofas de nuestros males, y corres tras frívolos placeres, mendigando el favor de los príncipes, mientras mana sangre tu patria bajo el azote de los opresores.

Rudenz: ¿Y por qué yace oprimido este país?... ¿Quién lo arroja en brazos de la desgracia? Bastaría una sola palabra, una sola, para verse libre al instante de este yugo y tener un emperador favorable a nuestro bien. ¡Ay de quienes cierran los ojos del pueblo y le fuerzan a que rechace su verdadera prosperidad!

El propio interés es la causa de que impidan a los cantones prestar juramento al Austria, al igual que las comarcas vecinas. Orgullosos

de sentarse con los nobles en el banco de la nobleza, quieren al emperador por soberano, para no tener así soberano.

Attinghausen: ¡Tales palabras me veo obligado a escuchar y de tu boca!

Rudenz: Me habéis provocado, dejadme acabar. ¿Qué puesto ocupáis vos mismo en este país, caro tío? ¿No os animará otra ambición que ser señor de estos lugares o simple landammann, y compartir vuestra soberanía con estos pastores?

¿Acaso no sería más glorioso para vos, tributar homenaje a un rey y figurar en su brillante séquito, que ser el igual de vuestros siervos y sentarse en el tribunal al lado de simples villanos?

Attinghausen: ¡Ah! Ulrico, Ulrico; reconozco en semejantes palabras el lenguaje de la seducción, que penetró en tu oído y envenenó tu alma.

Rudenz: Sí, no lo niego; llegó al fondo de mi alma la mofa de estos extranjeros que llaman a nuestra nobleza, nobleza de campesinos.

No puedo resignarme a vivir en la ociosidad de mi patrimonio, a malgastar en vulgares ocupaciones mis florecientes años, mientras otros jóvenes caballeros se agrupan en torno al estandarte de Habsburgo para recoger el lauro. Al otro lado de estas montañas existe un mundo donde algunos alcanzan fama inmortal con sus proezas.

Mi casco y mi escudo se cubren de orín colgados de las paredes de esta sala, y el son de la trompa guerrera, la voz del heraldo que invita al torneo, no llegan a estos valles. Sólo oigo aquí el monótono rumor de los cantos pastoriles y de las esquilas de los ganados.

Attinghausen: ¡Ah! ¡ciego!... Fascinado por vanos resplandores desprecias el suelo natal, te sonrojan las piadosas y antiguas tradiciones de tus ascendientes. Día vendrá en que viertas ardientes lágrimas y suspires por el paterno techo.

Esta melodía de las esquilas de los ganados que en tu orgulloso hastío desdeñas, despertará en tu ánimo penosas ansias, si suena para ti en tierra extranjera. ¡Oh! ¡cuán vivo hechizo el de la patria!

No naciste para vivir en el engañoso mundo, ajeno a tu corazón puro, y honrado como es; en la corte orgullosa del emperador te sentirías extranjero siempre, porque el mundo exige virtudes diversas de las que heredaste en estas montañas.

Ve, vende tu alma libre, recibe en feudo tus propias tierras, conviértete en lacayo de los príncipes, cuando puedes ser tu propio dueño, príncipe de tu patrimonio, de tu libre suelo. ¡Ah! Ulrico, Ulrico; sigue con los tuyos, no vayas a Altdorf, no abandones la sagrada causa de la patria.

Postrer representante de mi raza, mi nombre se perderá conmigo, y mi casco y mi escudo que cuelgan allí, serán encerrados conmigo en mi tumba.

¿Habré de morir pensando que aguardas tan sólo a que cierre los ojos para abandonar mi casé señorial y recibir de manos del Austria mis nobles bienes, que yo recibí libremente de Dios?

Rudenz: En vano querréis resistir al rey; el mundo le pertenece. ¿Lucharemos solos y obstinados para romper la fuerte cadena que forman en torno las comarcas vecinas?

Al rey pertenecen las plazas públicas y los tribunales, los caminos por donde transitan los mercaderes; hasta las bestias de carga que suben al San Gotardo le pagan tributo. Nos ciñen sus posesiones como una red. ¿Nos protegerá el imperio?... ¿Acaso podrá defenderse él mismo contra el creciente poder del Austria?

Si Dios no viene en nuestra ayuda, ningún emperador puede prestárnosla. ¿Cómo fiar en la promesa del emperador, cuando el mismo imperio, en los desastres de la guerra y para subvenir a sus necesida-

des, enajena y vende los lugares puestos bajo la protección del águila?

No, tío; en estas épocas de cruel discordia, fue siempre el más prudente partido aliarse a un jefe poderoso.

La corona imperial pasa de una a otra familia, con lo que perece el recuerdo de nuestros servicios y de nuestra fidelidad, mientras que bajo una monarquía poderosa y hereditaria, nuestros buenos servicios son otras tantas semillas que darán su fruto en tiempos venideros.

Attinghausen: ¿ Tan discreto eres?... ¿te figuras ser más perspicaz que tus nobles antepasados, que para conservar el precioso tesoro de la libertad, combatieron heroicamente y sacrificaron a ella sus bienes y su vida?... Ve a Lucerna y observa cómo pesa sobre, aquel país la dominación del. Austria.

Vendrán aquí a contar nuestras ovejas y nuestros bueyes, a medir los Alpes, a vedarnos la caza y el vuelo de las aves en nuestros bosques libres, a poner vallas a los puentes y a las puertas, a sostener sus guerras con nuestra sangre... ¡Ah! no; si es fuerza verterla; sea al menos por nuestra libertad, menos cara que la esclavitud!

Rudenz: ¡Y qué podemos nosotros, tribu de pastores, contra los ejércitos de Alberto!

Attinghausen: Aprende, mancebo, a conocer a esta tribu de pastores. Yo la conozco, yo la guié a la batalla y por mis propios ojos la vi combatir en Favenz. Vengan, pues, a imponernos un yugo que estamos resueltos a no soportar. ¡Ah!

Recuerda a qué raza perteneces, no desdeñes por frívola vanidad y por mentidos esplendores, el verdadero tesoro de tu dignidad. Ser jefe de un pueblo libre que sólo se consagra a ti por amor, que te si-

gue siempre fiel al combate y a la muerte, esta ha de ser tu gloria, este tu orgullo.

Estrecha fuertemente los vínculos que contrajiste con nacer, únete a tu pueblo, a tu cara patria, entrégale el corazón por entero.

Aquí están las profundas raíces de tu poderío; allí, aislado, en un mundo extranjero para ti, no serás más que débil caña rota al embate de todos los vientos... ¡Oh! vente; tiempo ha que no nos has visto; prueba de pasar un día con nosotros; no vayas hoy a Altdorf... ¿Oyes? no vayas hoy; concede un solo día a los tuyos. (Le toma la mano.)

Rudenz: He dado mi palabra... Dejadme... estoy comprometido.

Attinghausen: (Soltando su mano; con grave acento.) Estás comprometido. Sí, desgraciado, pero no de palabra, ni con juramento; estés atado con los lazos del amor. (Rudenz vuelve la cara.) Oculta el rostro cuanto gustes. Una mujer, Berta de Bruneck, es quien te atrae a la casa del gobernador y te encadena al imperio.

Para lograr su mano haces traición a tu patria. Mira no te engañes; para seducirte, te la muestran como futura esposa, pero no está reservada a tus inocentes deseos.

Rudenz: Harto escuché. Adiós. (Se va.)

Attinghausen: Detente, joven insensato... Se aleja... No puedo detenerle; no puedo salvarle. Así abandonó Wolfenschieszen la causa de su pueblo y otros le seguirán; que la seducción extranjera obra con fuerza en nuestras montañas, y arrebata a la juventud.

Día fatal aquel en que el extranjero vino a estos felices y tranquilos valles a corromper la inocencia de nuestras piadosas costumbres. La novedad se introduce aquí con violencia; y se pierden las antiguas, venerables tradiciones, y vienen otros tiempos, y otras ideas ocupan a la generación actual. ¿Qué hago ya aquí?

Cuantos vivieron y obraron conmigo, yacen sepultados. Mi tiempo se halla en la tumba. ¡Dichoso aquel que nada tiene que ver con los que vienen! (Se va.)

Acto segundo, escena segunda

Una pradera rodeada de bosques y escarpadas rocas. Sobre las rocas algunos senderos con barandilla y escaleras practicables. En el fondo; el lago; brilla sobre él un arco-iris lunar. Altas montañas coronadas de nieve, en último término. Es de noche; la luna ilumina el paisaje, el lago y los ventisqueros.

Melchthal, Baumgarten, Meier de Sarnen, Burkhart de Buhel, Arnoldo de Sewa, Nicolás de Flue, Struth de Winkelried y cuatro campesinos, todos armados.

Melchthal: (Dentro.) El camino se ensancha; seguidme sin temor; reconozco las rocas y la pequeña cruz que las corona; hemos llegado ya; estamos en Rutli. (Salen con antorchas.)

Winkelried: Escuchad.

Sewa: Todo está desierto.

Meier: No hay todavía ningún compatriota. Los de Unterwald llegamos los primeros.

Melchthal: ¿Es muy tarde?

Baumgarten: El vigilante de Selisberi acaba de cantar las dos. (Suenan campanas a lo lejos.)

Meier: Silencio; ¡oigamos!

Buhel: La campana de la ermita de los bosques que llama a maitines en la orilla opuesta, en el país de Schwyz.

Flue: El aire es puro y extiende muy lejos el sonido.

Melchthal: Id, encended algunas fogatas para alumbrar a los que vengan. (Se van dos campesinos.)

Sewa: Tenemos una hermosa noche de luna; el lago, terso como un cristal.

Buhel: Fácil les será la travesía.

Winkelried: (Señalando el lago.) ¡Ah! mirad, mirad hacia allí; ¿nada veis?

Meier: ¡Sepamos qué! ¡Ah! sí; realmente, el arco iris a estas horas de la noche.

Melchthal: Producido por el resplandor de la luna.

Flue Esta es maravillosa y rara señal; muchos hay que no la vieron en su vida.

Sewa: Y es doble... ¿veis? Se ve otro más pálido alrededor del primero.

Baumgarten: Mirad una barca que pasa por debajo del arco.

Melchthal: Stauffacher en su batel; el buen hombre no se hace esperar mucho. (Se dirige con Baumgarten a la ribera.)

Meier: Los de Uri son los que tardan más.

Buhel: Se ven obligados a dar una larga vuelta por la montaña para escapar a la vigilancia de la gente del gobernador. (En esto, dos hombres han encendido una fogata en medio de la escena.)

Melchthal: (Desde la ribera.) ¿Quién va?... ¡El santo y seña!

Stauffacher: ¡Amigos de la patria! (Todos se dirigen al foro al encuentro de los recién llegados; se ve salir de la barca a Stauffacher, Itel Reding, Hans de Mauer, Jorge de Hofe, Conrado Hunn, Ulrico de Schmid, Jost de Weiler y tres más. Van también armados.)

Todos: (A la vez.) ¡Bienvenidos! (Mientras los demás se detienen en el foro y se saludan, Melchthal y Stauffacher se adelantan.)

Melchthal: ¡Ah! Stauffacher; le vi... le vi al que ya no puede verme; puse la mano sobre sus ojos, y el extinguido rayo de su mirada inflamó en mi corazón ardiente sentimiento de venganza.

Stauffacher: — No hables de venganza, que no se trata aquí de vengar el mal cometido, sino de precaver el que nos amenaza. Dime ahora, ¿qué habéis hecho en el país de Unterwald? ¿a quién habéis reclutado para la causa común? ¿qué piensan vuestros compatriotas? ¿cómo habéis podido escapar a la traición?

Melchthal: A través de las imponentes montañas de Sarnen, y los vastos desiertos de hielo, cuyo silencio turba tan sólo el graznido del buitre, o el balido de las ovejas, llegué por fin a los Alpes, donde los pastores de Uri y Engelberg se saludan de lejos con gritos, y apacentan en común los ganados.

Templé mi sed con el agua de los ventisqueros que mana a borbotones de las hendiduras. Me detuve en la solitaria granja; no había nadie para recibirme; llegué a poco en poblado.

El rumor de la atrocidad nuevamente cometida había cundido ya por aquellos valles, y no llamé a una sola puerta, donde mi desgracia no me valiese la más honrosa acogida.

Hallé los ánimos sublevados a causa de los nuevos actos de violencia, porque así como los Alpes producen siempre las mismas plantas, y manan las fuentes en un mismo sitio, y hasta las nubes y los vientos siguen invariables la misma dirección, así las antiguas costumbres pasaron dé padres a hijos, y las viejas tradiciones se rebelan contra la temeraria novedad.

Tendiéronme la vigorosa mano, y descolgaron del muro las armas enmohecidas; llameó con júbilo en su rostro el valor, cuando pronuncié los venerados nombres de los hijos de nuestras montañas, el vues-

tro, el de Walther Furst. Han jurado hacer cuanto os pareciere justo, han jurado seguiros hasta la muerte.

Así, bajo la sagrada protección de la hospitalidad recorrí mi camino yendo de granja en granja, y cuando llegué al valle natal, donde cuento con muchos parientes, hallo por fin a mi padre, ciego, desnudo, tendido en la paja, viviendo todavía por merced de algunos amigos bienhechores...

Stauffacher: ¡Dios mío!

Melchthal: No he llorado, no malgasté en impotentes lágrimas la fuerza de mi intenso dolor; concentrándole en el fondo del alma, como precioso tesoro, pensé tan sólo en obrar.

Recorrí los tortuosos senderos de los montes; no hay valle por oculto que esté, en donde no haya entrado; llamé a la puerta de todas las cabañas, hasta llegar a los eternos hielos... en todas partes arde el odio contra la tiranía; porque la avaricia de los gobernadores extiende sus latrocinios hasta el último confín de la naturaleza animada, hasta allí donde la tierra se mea a dar fruto.

Con mis sarcásticas rases inflamé los ánimos de aquella honrada gente, y están con nosotros no sólo porque lo juraron, sino con alma y vida.

Stauffacher: En poco tiempo habéis realizado grandes cosas.

Melchthal: Hice más. Más que nada, arredran al campesino las dos fortalezas de Rossberg y de Sarnen; porque tras esas murallas de peñascos, halla asilo nuestro enemigo y aflige desde allí a la comarca. Quise juzgar de ellas por mis propios ojos, y he estado en Samen y he visto la fortaleza.

Stauffacher: ¿Osasteis penetrar hasta la guarida del tigre?

Melchthal: Iba disfrazado con un hábito de peregrino... He visto al gobernador, entregado a la licencia... Juzgad si pude dominarme... Vi a mi enemigo y no le maté.

Stauffacher: La fortuna favoreció ciertamente tal temeridad. (En esto, los demás conjurados se adelantan y se acercan a los dos interlocutores.) Pero decidme ¿quiénes son estos amigos vuestros, esta buena gente que os ha.seguido? Presentádmelos, a fin de que nos unamos con entera confianza y latan de acuerdo los corazones.

Meier: ¿Quién habrá que no os conozca, maestro Stauffacher, en los tres cantones? Yo soy Meier de Sarnen, y este es el hijo de mi hermana Struth de Winkelried.

Stauffacher: Conozco este nombre. Un Winkelried fue quien mató el dragón en dos pantanos de Weiler, perdiendo la vida en el combate.

Winkelried: Era mi abuelo, maestro Werner.

Melchthal: (Presentando a dos de sus compañeros.) Éstos viven al otro lado de Unterwald; son vasallos del monasterio de Engelberg. Espero que no desdeñaréis su auxilio, bien que no sean independientes como nosotros, ni libres propietarios de su patrimonio. Aman a su país, y gozan por otra parte de buena reputación.

Stauffacher: Venga esa mano. Feliz quien no depende de nadie; mas la rectitud ennoblece toda condición.

Conrado Hunn: Ahí tenéis a maestro Reding, a nuestro antiguo landammann.

Meier: Bien le conozco, es mi adversario; pleitea contra mí por una antigua herencia... Maestro Reding, discordes ante el tribunal, aquí estamos de acuerdo. (Le estrecha la mano.)

Stauffacher: Muy bien dicho.

Winkelried: Escuchad; ya llegan. ¿Oísteis la bocina de Uri? (Por ambos lados de la escena, van bajando algunos hombres armados y con antorchas.)

Mauer: Mirad; ¿no baja con ellos el piadoso siervo de Dios, nuestro digno pastor en persona? Ni la fatiga del camino, ni la oscuridad de la noche le arredran, cuando se trata de atender a nuestro bien.

Baumgarten: El sacristán y Walther le acompañan, pero yo no veo a Tell entre ellos. (Salen Walther Furst, Roesselmann, párroco de Uri, Petermann el sacristán, el pastor Kuoni, el cazador Werni, el pescador Ruodi y cinco más. La asamblea se compone de treinta y tres personas.

Todo se adelantan, y forman círculo en torno al fuego.

Walther Furst: ¡Así es fuerza que nos escondamos en la propia patria, en el suelo natal, y que como asesinos nos deslicemos en la sombra, y en medio de la noche cuyas tinieblas sólo cobijan el crimen y las punibles conspiraciones, vengamos a defender nuestro derecho, tan claro y evidente como la luz del día!

Melchthal: ¿Y qué importa? Lo que resolvamos en el seno de la noche oscura, ha de brillar a la luz del sol, con toda libertad y por dicha nuestra.

Roesselmann: Oíd, amigos y confederados, lo que Dios inspira a mi corazón. Formamos una asamblea general, y podemos obrar en nombre de un pueblo entero; acatemos, pues, los antiguos usos del país, del modo que los acatamos en tiempos tranquilos.

Lo que fuere ilegal en esta reunión, la fuerza de las circunstancias lo legitimará; que Dios está presente donde se ejerce la justicia, y nos hallamos bajo la bóveda del cielo.

Stauffacher: Pues bien; acatemos los antiguos usos. Reina la noche, pero nuestros derechos son perfectamente claros.

Melchthal: Si la asamblea no es completa, el corazón de nuestro pueblo está con nosotros, y figuran aquí los mejores ciudadanos.

Conrado Hunn: No poseemos ahora los antiguos libros, pero sus leyes se guardan inscritas en nuestros corazones.

Roesselmann: Formemos al instante el círculo y plántense en medio las espadas, signo de poder.

Mauer: El landammann va a ocupar su puesto, teniendo al lado a los asesores.

Petermann: Hay aquí tres pueblos; ¿a quién se concede el derecho de presidir la asamblea?

Mauer: Que Schwyz y Uri se disputen semejante honor; los vecinos de Unterwald renunciamos a él espontáneamente.

Melchthal: Renunciamos a él, porque venimos a pedir el concurso de nuestros amigos poderosos.

Stauffacher: Empuñe pues Uri la espada. Su estandarte precede al nuestro en las expediciones del imperio.

Walther Furst: No; este honor debe pertenecer a Schwyz, tronco de nuestra raza al cual nos gloriamos de pertenecer.

Roesselmann: Permitid que buenamente ponga punto a esta generosa controversia. Schwyz usará de su prerrogativa en el consejo, y Uri en el campo de batalla.

Walther Furst: (Presentando la espada a Stauffacher.) Tornad, pues.

Stauffacher: No yo; este derecho pertenece al más anciano.

Hofe: Ulrico Schmid es el más anciano de los presentes.

Mauer: Hombre honrado si los hay, pero no es de condición libre, y en Schwyz sólo pueden ser jueces los que poseen un patrimonio

exento.

Stauffacher: ¿No está aquí Reding, el antiguo landammann?... ¿Acaso hallaríamos otro más digno que él?

Walther Furst: Sea él nuestro landammann y presidente de la asamblea. Los que digan sí que alcen la mano. (Todos alzan la mano derecha.)

Reding: (Adelantándose, en medio de ellos.) No puedo poner la mano sobre los sagrados libros, pero juro por los eternos astros que no me apartaré de la justicia. (Colocan dos espadas delante de él, y todos se agrupan en torno suyo. Schwyz en medio, Uri a la derecha, Unterwald a la izquierda.

Reding se apoya en su espada. ¿Qué causa ha podido congregar a los tres pueblos de estas montañas, a media noche, en esta triste orilla? ¿Cuál será el objeto de esta nueva alianza, concluida bajo el cielo estrellado?

Stauffacher: (Adelantándose.) No vamos a contraer una nueva alianza, sino a ratificar la antigua unión del tiempo de nuestros padres.

Vosotros lo sabéis, confederados; aunque el lago y las montañas nos separan, y cada pueblo se gobierna por sí, pertenecemos a una misma raza, corre por nuestras venas la misma sangre y una es la patria de todos.

Winkelried: ¿Entonces será verdad lo que dicen las canciones y habremos arribado aquí, venidos de lejanas tierras? ¡Oh!... decidnos lo que sepáis sobre esto, para que la pasada alianza fortifique la nueva.

Stauffacher: Oíd lo que cuentan los viejos pastores. Había en las comarcas del Norte un gran pueblo que sufrió cruel carestía. En tan

miserable estado, decidióse que la décima parte de la población, designada por la suerte, abandonase el país; hízose así.

Muchedumbre de hombres y mujeres partió llorando hacia el Sud y abrióse camino con la espada a través de la Alemania hasta que llegó a estos bosques, a estos collados.

Aquella multitud infatigable, descendió al silvestre valle donde el Muotta desliza sus aguas por entre las praderas; no se veía en parte alguna vestigio humano; una sola choza se elevaba en la solitaria ribera, habitación de un hombre que aguardaba allí a los caminantes para conducirlos en su barquichuela.

Agitado el lago por la borrasca, no pudieron atravesarlo, y como observaran detenidamente el país y vieran en él hermosos y ricos bosques, límpidas fuentes, creyeron hallarse en su patria y resolvieron quedarse allí.

Fundaron entonces el viejo villorio de Schwyz; largos días de penosas labores emplearon en arrancar las raíces de los árboles que hasta allí extendían.

Después cuando el suelo no bastó a contener aquella numerosa población, fueron desparramándose hasta las montañas negras, y la vecina comarca, donde otro pueblo, escondido en las eternas nieves, habla otra lengua. Quedó fundado Stanz en el bosque de Kern, y Altdorf en el valle de Reuss.

Mas todos guardaron siempre el recuerdo de su origen, y entre aquellos hombres de extranjera raza que vinieron aquí a establecerse sobresalen los de Schwyz... A impulsos de la sangre, por el corazón nos reconocemos mutuamente. (Tiende la mano a sus compañeros.)

Mauer: Sí; tenemos un mismo corazón, una misma sangre.

Todos: (Tendiéndose la mano.) Formamos un pueblo solo y obraremos de común acuerdo.

Stauffacher: Los demás soportan el yugo extranjero y viven sometidos a sus vencedores. En este mismo país muchos hombres hay sometidos a extraños deberes y que legan a sus hijos la servidumbre.

Pero nosotros, legítima descendencia de los antiguos suizos, hemos conservado siempre nuestra libertad, nunca hemos hincado la rodilla ante príncipe alguno, y sólo voluntaria, espontáneamente, acudimos a la protección del emperador.

Roesselmann: Sí, libremente, buscamos su amparo' su protección. Esto es lo especificado en la carta del emperador Federico.

Stauffacher: Sí; pues por libre que sea el hombre necesita un soberano, un jefe, un juez supremo al que acudir en caso de litigio.

He aquí por qué nuestros padres rindieron homenaje al emperador por el suelo conquistado a las selvas, al que se titula emperador de Alemania e Italia, y como los demás hombres libres de su imperio se obligaron con él a prestar el noble servicio de las armas, porque el único deber de los hombres libres es proteger al imperio que les protege.

Melchthal: Toda otra obligación es signo de servidumbre.

Stauffacher: Cuando nuestros abuelos seguían el estandarte del imperio y combatían en sus batallas, espada en mano fueron a Italia con los emperadores, para ceñirles la corona de Roma, pero en su país se gobernaban a sí mismos según las antiguas leyes, según los antiguos usos, y al emperador sólo estaba reservado el derecho de vida y muerte.

Delegó a este efecto sus atribuciones en uno de sus principales condes que no residía en nuestro país. Para la pena capital nuestros abuelos se dirigían a él, y a campo raso, clara y simplemente pronunciaba la sentencia sin temor a los hombres. ¿Es esta una prueba de esclavitud?

Si alguien sabe estas cosas de otro modo que lo diga.

Hofe: No; todo pasaba como habéis explicado. Nunca hemos sufrido el despotismo.

Stauffacher: Rehusamos obedecer al mismo emperador, cuando sostuvo la causa del clero a costa de la justicia, los moradores de la abadía de Einsiedeln, querían quitarnos los pastos que poseemos de antiguo; el abad se fundaba en un viejo título en el cual se le concedían las tierras sin dueño, porque se callaron que fuesen nuestras.

Entonces dijimos: — Este título ha sido sorprendido al emperador; él no puede dar lo que nos pertenece, y si el imperio no hace justicia, podremos prescindir de él en nuestras montañas. — Así hablaban nuestros padres, ¿y nosotros sufriremos un nuevo y vergonzoso yugo?

¿Soportaremos de un lacayo extranjero lo que ningún emperador pudo obtener de nosotros?

Nosotros conquistamos este suelo con el esfuerzo de nuestro brazo y convertimos en habitable región estas selvas, guarida de las fieras, y exterminamos la raza del dragón venenoso que vivía en los pantanos; nosotros rasgamos el velo de nieblas que ayer flotaba tristemente sobre este desierto, y quebramos las rocas y abrimos entre precipicios seguro paso al caminante.

Nuestro es el suelo, mil años ha. ¿Y el criado de un soberano extranjero osará forjar nuestras cadenas y cubrirnos de oprobio?

¿No habrá algún remedio para tamaños males? (Los conjurados manifiestan su agitación.) No; el poder de la tiranía tiene sus límites; cuando el oprimido no halla justicia en la tierra y se hace insoportable el peso que le abruma, acude a Dios en demanda de valor y alivio, e invoca la eterna justicia que reside en los cielos, firme, inmutable como los mismos astros.

Renuévanse entonces los primitivos tiempos, en que el hombre luchaba con el hombre, y en último recurso se echa mano a la espada. Obligados estamos a defender por la fuerza nuestros más preciosos bienes; combatimos por nuestro país, por nuestras mujeres, por nuestros hijos.

Todos: (Desenvainando la espada.) Combatimos por nuestras mujeres, por nuestros hijos.

Roesselmann: (Adelantándose.) Antes de acudir a las armas, pensadlo bien, podéis obrar pacíficamente con el emperador; basta una sola palabra, y los tiranos cuya cruel opresión os agobia, se os mostrarán lisonjeros. Tomad el partido que con frecuencia se os propuso; separaos del imperio y reconoced el poderío del Austria.

Mauer: ¿Qué dice el párroco?... ¿Nosotros prestar juramento al Austria?

Buhel: ¡No le escuchéis!

Winkelried: Este consejo es propio de traidores, de enemigos del país.

Reding: Haya paz, amigos.

Sewa: ¿Nosotros rendir homenaje al Austria después de semejante ofensa?

Flue: ¿Nos dejaremos arrebatar por la violencia, lo que rehusamos a la blandura?

Meier: Entonces seríamos esclavos, y mereceríamos serlo.

Mauer: Quien proponga que cedamos al Austria, sea privado de sus derechos de suizo. Landammann, pido que esta sea la primera ley promulgada aquí.

Melchthal: Sea. Quien hable de ceder al Austria sea privado de todos sus derechos, despojado de todo honor, y ninguno de sus compa-

triotas le reciba en su hogar.

Todos: (Tienden la mano derecha.) Así lo queremos todos. Tal sea la ley.

Reding: (Después de un momento de silencio.) Queda acordado.

Roesselmann: Sois libres, libres gracias a esta ley. El Austria no obtendrá por la fuerza, lo que no pudo obtener con amistosas gestiones.

Weiler: Volvamos a la orden del día.

Reding: Confederados: ¿hemos usado ya de todos los medios de conciliación? Tal vez el soberano ignora cuánto sufrimos; tal vez sufrimos contra su voluntad. Antes de acudir a la espada hagamos un último esfuerzo para que lleguen hasta él nuestras quejas.

La violencia es siempre terrible aun tratándose de una causa justa, y Dios sólo acuerda su auxilio cuando no se puede obtener justicia de los hombres.

Stauffacher: (A Conrado Hunn.) A vos os toca darnos noticias sobre esto; hablad.

Conrado Hunn: Fui a ver al emperador en su palacio de Rheinfeld, para manifestarle nuestro descontento, a causa de las crueles vejaciones de los gobernadores y pedirle a la vez la carta de nuestros antiguos privilegios que cada nuevo soberano confirma.

Allí encontré a los emisarios de innumerables pueblos de Suabia y orillas del Rhin, quienes recibían sus títulos y regresaban alegremente a su patria. En cuanto a mí, delegado vuestro, dijéronme que me avistara con los del Consejo, y éstos se limitaron a despedirme con buenas razones.

— "El emperador no tiene tiempo esta vez, pero no os olvidará." Y me volvía descorazonado, cuando al cruzar por la sala del castillo, vi

al duque Juan que lloraba y junto a él a los nobles señores de Wart y Tegérfeld. Me llaman y me dicen:

Resistid con las propias armas y no esperéis justicia del soberano. ¿No estáis viendo cómo despoja a su propio sobrino y detenta su legítima herencia? El duque reclama los bienes de su madre; llegó a la mayor edad y se halla en el caso de gobernar por sí mismo su patrimonio y sus vasallos.

¿Sabéis qué respuesta ha recibido? El emperador ha puesto en su cabeza un solideo, diciéndole: este es el ornamento de tu juventud."

Mauer: ¿Oís? No esperemos del emperador ni rectitud ni justicia... acudid a la propia ayuda.

Reding: No nos queda otro partido. Veamos ahora el modo de encaminarnos a nuestro fin con la debida prudencia.

Walther Furst: (Adelantándose.) Queremos sustraernos a odiosa dominación y conservar íntegros los derechos que nos legaron nuestros padres, mas no ambicionar otros nuevos. Conserve en paz el emperador los suyos, y sirva a su señor el que lo tenga.

Meier: Yo soy feudatario del Austria.

Walther Furst: Pues continuad cumpliendo con ella vuestras obligaciones.

Weiler: Yo pago un tributo a los señores de Rappersweil.

Walther Furst: Pues continuad pagándolo.

Roesselmann: Yo he prestado juramento a la abadía de Zurich.

Walther Furst: Dad a la abadía lo que es suyo.

Stauffacher: Yo no dependo más que del imperio.

Walther Furst: Hágase lo que deba hacerse, pero nada más. Lo que deseamos es arrojar del país a los gobernadores v a sus sicarios, y de-

rribar sus fortalezas, si es posible, sin verter sangre. Reconozca el emperador que nos hemos visto forzados a violar nuestras obligaciones y el respeto que le debemos.

Si ve que nos mantenemos dentro de justos límites, tal vez la prudencia política enfrentará su cólera, porque un pueblo que sabe guardar moderación con las armas en la mano, inspira legítimo temor.

Reding: Pero oíd; ¿cómo llevaremos a feliz término la empresa? El enemigo está armado y no ha de ceder sin combatir.

Stauffacher: Cederá cuando vea que también lo estamos nosotros; cederá si sabemos ganarle por la mano.

Meier: Lo cual está pronto dicho, pero es difícil ejecutarlo. Dos fortalezas protegen al enemigo, y serán temibles si viene el rey. Antes de desenvainar una sola espada, debiéramos apoderarnos de Rossberg y de Sarnen.

Stauffacher: Si tardamos mucho, alguien prevendrá al enemigo y demasiada gente estará en el secreto.

Meier: No hay un solo traidor en los tres cantones.

Roesselmann: El mismo celo puede hacer traición a nuestros planes.

Walther Furst: Si se demoran, el edificio de Altdorf estará terminado y el gobernador irá a fortificarse en él.

Meier: Mucho Os acordáis de los propios intereses.

Petermann: ¡Y vosotros estáis injustos!

Meier: (Levantándose.) ¡Injustos nosotros! ¡Los de Uri osan decirlo!

Reding: ¡En nombre de vuestro juramento, silencio!

Meier: Sí; si Schwyz se pone del lado de Uri, forzoso será ceder.

Reding: Me veo obligado a reprenderos ante la asamblea, porque turbáis la paz con vuestra violencia. ¿No nos reúne aquí una causa común?

Winkelried: Podríamos aguardar hasta el día de la fiesta del Señor; es costumbre que en tal día todos los vasallos acudan al castillo con sus presentes.

Diez o doce hombres se reunirían allí sin que nadie recelara, y podrían traer ocultos algunos aguijones de hierro y armar con ellos sus bastones, porque nadie entra armado en el castillo.

El grueso del ejército aguardaría en tanto emboscado cerca de allí, y cuando los otros se hubiesen apoderado de la entrada, llamarían con un toque de bocina, saldríamos todos y fácilmente nos hacíamos dueños de la fortaleza.

Melchthal: Yo me encargo de entrar en Rossberg. Una doncella del castillo me dio pruebas de alguna afección y podré persuadirla a que me tienda una escalera para visitarla de noche. Una vez allí, haré entrar a mis amigos.

Reding: ¿Estáis todos conformes en diferir la ejecución? (La mayoría levanta la mano.)

Stauffacher: (Contando los votos.) Veinte contra doce.

Walther Furst: En cuanto hayan caído en nuestro poder las fortalezas, daremos la señal de una a otra montaña, encendiendo algunas fogatas.

El pueblo se reunirá inmediatamente en el principal lugar del cantón, y cuando vean los gobernadores que estamos decididos a resistirnos, creedlo, no empeñarán la lucha, y aceptarán de buen grado un salvoconducto para pasar la frontera.

Stauffacher: Sólo temo las fuerzas de Geszler; rodeado de terribles sicarios, no ha de abandonar el campo de batalla sin efusión de sangre, y hasta expulsado del territorio será terrible enemigo. Es difícil y quizá peligroso perdonarle.

Baumgarten: Colocadme donde se corra el riesgo de perder la vida; la expongo con gusto por mi patria, esta vida que salvó Guillermo Tell. He defendido mi honor y mi corazón se siente satisfecho.

Reding: El tiempo trae consejo. Aguardad con paciencia; también conviene fiar algo a la ocasión... pero mirad... mientras seguimos aquí deliberando, brilla la roja aurora en las cumbres. Vaya, separémonos, antes que el sol nos sorprenda.

Walther: No os inquietéis; la noche se retira lentamente de los valles. (Todos, cediendo a espontáneo impulso, se descubren y contemplan con piadoso recogimiento la salida del sol.)

Roesselmann: Por esta luz que a nuestros ojos brilla, antes que alumbre a los que duermen envueltos en la bruma de las ciudades, juremos el pacto de la nueva alianza.

Queremos ser un solo pueblo de hermanos a quienes nunca, ni la desgracia, ni el peligro podrán separar. (Todos repiten la misma fórmula, levantando los tres dedos de la mano derecha.) Queremos ser libres como lo fueron nuestros padres, y preferimos la muerte a la esclavitud. (Todos repiten. estas palabras.) Queremos poner nuestra confianza en el Dios Todopoderoso, y no temer nunca el poder de los hombres. (Lo repiten también y se abrazan.)

Stauffacher: Emprenda cada cual en santa paz su regreso y vuelva a reunirse con sus amigos. Conduzca el pastor tranquilamente sus ganados a los establos de invierno, y con sigilo cuide de reclutar partidarios para nuestra empresa. Soportad cuanto sea soportable hasta el momento decisivo.

Dejemos que crezca la lista de los ultrajes... hasta al día en que los tiranos pagarán de una vez sus deudas con todos y cada uno.

Fuerza es dominar nuestro justo furor... quede reservada la particular venganza para la venganza de todos; que ocuparse hoy de la propia injuria, fuera en perjuicio de la causa común. (Mientras se alejan en profundo, silencio, y en tres diferentes direcciones, toca la orquesta una brillante sinfonía.

La escena permanece solitaria breve rato, y brillan los rayos de la aurora en las lejanas nieves.

Acto tercero, escena primera

Patio delante de la casa de Guillermo Tell.

Tell, trabajando de carpintero. Hedwigia, ocupada en una labor. Walther y Guillermo juegan en el fondo del teatro, con una pequeña ballesta.

Walther: (Canta.) "Con su arco y sus flechas, por montañas y por valles, va el cazador apenas amanece."

"Como el buitre en los aires, reina el cazador libremente en los barrancos y en las montañas."

"Suyo es el espacio, que alcanza su flecha; cuanto vuela, y cuanto se arrastra, todo es suyo." (Se dirige hacia su padre, saltando.) Se me ha roto la cuerda; recomponla, padre...

Tell: No; el buen cazador se auxilia a sí mismo. (Los niños se van.)

Hedwigia: Temprano empiezan nuestros hijos a tirar la ballesta.

Tell: Temprano ha de empezar a aprender quien quiera ser maestro en el arte.

Hedwigia: Dios quiera que no lo sean jamás.

Tell: Bueno es que lo sepan todo... quien se aventure a vivir en el mundo, debe aprestarse al ataque y a la defensa.

Hedwigia: ¿Ninguno de los míos se quedará a vivir tranquilo en casa?

Tell: Mujer, yo no puedo variar; no he nacido para pastor, necesito correr constantemente tras fugitivo fin, y sólo me siento vivir cuando arriesgo diariamente la vida.

Hedwigia: Y no piensas en la ansiedad de tu esposa que espera desolada tu vuelta. Me atemoriza lo que refieren tus criados de vuestras arriesgadas excursiones. Cada vez que me dejas, late mi corazón temeroso de que no vuelvas.

Ora te imagino extraviado en medio de las montañas de hielo, saltando de roca en roca; ora persiguiendo a la gamuza que con súbita vuelta te arrastra al abismo. Otras veces te veo sepultado bajo formidable alud, o resbalando sobre el hielo hasta caer en precipicio espantoso.

¡Ay, que la muerte amenaza al cazador de los Alpes de mil diferentes modos! Triste ocupación la que así os trae, con riesgo de vuestra vida, al borde del abismo.

Tell: Quien sabe mirar en torno con sangre fría, y confía en Dios, y es fuerte y ágil, burla fácilmente el peligro y evita los tropiezos. La montaña no asusta al que ha nacido en ella. (Terminado su trabajo deja las herramientas.) ¡Ah! me parece que hay puerta para rato;

¿ves?.. para nada necesito al carpintero, gracias a mi hacha. (Toma su sombrero.)

Hedwigia: ¿A dónde vas?

Tell: A Altdorf, a casa de mi padre.

Hedwigia: ¿No traes entre manos algún proyecto arriesgado?... ¡Confiésalo!

Tell: ¿De dónde sacas tú...

Hedwigia: Algo se trama contra los bailes. Ha habido una reunión en Rutli, lo sé, y tú formas también parte de la liga.

Tell: No; no me encontraba allí, pero no he de ser sordo a la voz de la patria, si me llama.

Hedwigia: Han de elegir para ti el puesto de más peligro; como siempre... te cabrá en suerte lo más arduo.

Tell: A cada cual, según sus medios.

Hedwigia: Durante la tempestad condujiste a un hombre de Unterwald por el lago, y milagro es que hayas vuelto. ¿Pero no piensas nunca en tu esposa y en tus hijos?

Tell: ¡Ah! cara esposa, ¿no pensaba en vosotros cuando devolvía un padre a sus hijos?

Hedwigia: ¡Navegar por el lago en día de borrasca!... Esto no es confiar en Dios, es tentar a la Providencia.

Tell: Quien mucho piensa poco hace.

Hedwigia: Ah, sí; eres bueno, eres compasivo, a todos haces beneficios, pero si tú necesitaras algo, nadie te ayudaría.

Tell: Dios quiera que no necesite ayuda. (Toma su ballesta y sus flechas.)

Hedwigia: ¿Qué vas a hacer de tu ballesta? Déjala acá...

Tell: Cuando me falta un arma, me parece que me falta un brazo. (Salen los niños.)

Walther: Padre, ¿a dónde vas?

Tell: A Altdorf, hijo mío, a ver a tu abuelo... ¿Quieres venir?

Walther: Ya lo creo.

Hedwigia: Ahora está allí el gobernador; no vayas.

Tell: Se va de allí hoy mismo.

Hedwigia: Deja que se vaya primero; no hagas que se acuerde de ti.., ya sabes que nos quiere mal.

Tell: Su mala voluntad no puede causarme perjuicio; vivo honradamente y no temo a nadie.

Hedwigia: A los que obran bien les odia precisamente más.

Walther: No, madrecita; yo voy con mi padre.

Hedwigia: Walther, ¿podrás abandonar a tu madre?

Walther: Te traeré algún lindo regalo de casa de mi abuelo. (Se va con su padre.)

Guillermo: Madre, yo me quedo contigo.

Hedwigia: (Le abraza.) Sí; tú eres mi hijo predilecto, tú eres el único que me resta. (Va hasta la puerta, y les sigue largo rato con la mirada.)

Acto tercero, escena segunda

Sitio agreste, rodeado de bosque y cascadas.

Berta, Con traje de caza; luego Rudenz.

Berta: Me sigue; por fin podré explicarme.

Rudenz: (Saliendo.) Por fin, estamos solos, señorita. Nos rodean hondos precipicios... en este desierto no he de temer testigo alguno; voy a romper el prolongado silencio de mi corazón.

Berta: ¿Estáis seguro de que no nos siguen los cazadores?

Rudenz: Allá abajo están... Ahora o nunca me es fuerza aprovechar este momento precioso y decidir mí suerte, aunque deba alejarme de vos... ¡Oh! no me miréis con tal severidad! ¿Quién soy para pretender temerario vuestro amor?

No rodea mi nombre todavía aureola de gloria... no me atrevo a figurar en las filas de los bravos caballeros, famosos por sus proezas, que aspiran a vuestra mano. Sólo poseo mi corazón henchido de amor... de felicidad...

Berta: (Severa.) ¿Osáis hablarme de fidelidad y amor vos que estáis faltando a los más sagrados deberes? (Rudenz retrocede.) ¿Vos, esclavo del Austria, vendido al extranjero, al opresor de vuestros compatriotas?

Rudenz: ¿Y vos, señora, me dirigís tal reproche? ¿Qué busqué en este partido sino a vos?

Berta: ¿Pensasteis hallarme en el partido de la traición? Preferiría dar la mano al mismo Geszler, al déspota, antes que al desnaturalizado hijo de Suiza, que se convierte en instrumento de los opresores.

Rudenz: ¡Oh, Dios mío! ¡qué debo oír!

Berta: ¿Habrá algo más importante para un hombre honrado que el bien de los suyos? ¿Existe para los nobles corazones deber más grande que defender la inocencia, y constituirse en protector de los derechos del oprimido?

Se me parte el corazón con las desgracias de vuestro pueblo, sufro con él, porque me agrada, me seduce por completo el carácter de tales hombres sencillos y fuertes, y cada día me siento más dispuesta a honrarlos.

Y vos a quien la naturaleza y vuestros deberes de caballero hacen el defensor obligado de esta buena gente, vos, que con cruel perfidia la abandonáis por vuestros enemigos, forjando las cadenas de este país, vos, me afligís, me ofendéis con tal conducta y me hago violencia en no aborreceros.

Rudenz: ¿Y acaso no deseo yo el bien de mi país? Bajo el cetro poderoso del Austria, la paz...

Berta: La esclavitud es lo que le preparáis. Queréis desterrar la libertad del último asilo que le resta. El pueblo comprende mejor cuál es su verdadera dicha y no deslumbran su firme razón las falsas apariencias. A vos, a vos os han cogido en sus lazos.

Rudenz: Me despreciáis, me aborrecéis, Berta.

Berta: Cuánto mejor sería que así fuese... pero ver despreciado y despreciado con justicia al que quisiéramos amar...

Rudenz: ¡Berta! ¡Berta!.. Me mostráis un instante la cima de la felicidad, para precipitarme luego al abismo de la desesperación.

Berta: No, no se extinguieron en vuestro ánimo los nobles impulsos; dormitan tan sólo, y quiero despertarlos. Debéis de violentaros

para destruir la propia innata virtud; felizmente es más fuerte que vos, y a despecho de vuestra voluntad sois noble y bueno.

Rudenz: ¡Confiáis en mí! ¡Oh Berta! todo lo puedo por vuestro amor.

Berta: Sed lo que la naturaleza generosa quiso que fueseis, ocupad el lugar que os designó, sostened a vuestro pueblo, a vuestra patria, combatiendo por sus sagrados derechos.

Rudenz: ¡Desdichado de mí! ¿y cómo he de lograr vuestra mano, cómo llegaré a poseeros, si resisto a la pujanza del emperador? ¿Acaso no son vuestros parientes los que disponen de vos?

Berta: Mis bienes se hallan situados en los tres cantones, y si Suiza es libre, también yo lo seré.

Rudenz: ¡Berta!... ¡qué horizonte desplegáis a mi vista!

Berta: No esperéis obtener mi mano con el favor del Austria. Sólo se acuerdan de mis riquezas, y quieren unirme a un rico heredero. Los mismos opresores que atentan a vuestra libertad, amenazan también la mía, y soy tal vez, amigo, una víctima destinada a recompensar a un favorito.

Piensan llevarme a la corte del emperador donde reinan la hipocresía y la astucia, y allí me aguardan las cadenas de un enlace odioso. Sólo el amor... vuestro amor... podría salvarme.

Rudenz: ¿Podríais resolveros a vivir aquí, a ser mi compañera en mi patria? ¡Oh! ¡Berta! Mis ensueños vagos y errantes no eran más que aspiraciones hacia vos.

Sólo a vos iba a buscar por el camino de la gloria... mi ambición era amor tan sólo... Si os resignáis a encerraron conmigo en estos tranquilas valles, veo alcanzado el objeto de mis esfuerzos; si renunciáis por mí a los esplendores del mundo, ya puede estrellarse al pie

de estas montañas su agitado torrente, que ninguno de mis deseos extraviará mi ánimo durante mi vida.

¡Ojalá estas rocas nos ciñeran como impenetrable muro, y estos felices valles sólo se abrieran al cielo y a la luz!

Berta: Ahora te veo tal como te soñó mi corazón. No me engañé.

Rudenz: ¡Adiós, vana ilusión que sedujiste mi ánimo! Aquí, en mi patria hallare la dicha. Aquí floreció alegremente mi infancia; aquí me rodean mil recuerdos de júbilo y hablan a mi alma árboles y fuentes. ¡Quieres ser mía en mi patria!

¡Ay! siempre la amé; y comprendo que me hubiera faltado toda suerte de dicha en este mundo.

Berta: ¿Dónde hallarla, sino aquí, morada de la inocencia, aquí donde reside la antigua buena fe y no halló albergue la malicia? Aquí ningún deseo ha de turbar el manantial de la felicidad y se deslizarán nuestros días, puros y serenos.

Ya te miro ornado de la verdadera dignidad de hombre, el primero entre tus conciudadanos libres e iguales, honrado con espontánea y sincera veneración, grande como un rey en sus estados.

Rudenz: Y yo a ti, la reina de las mujeres, ocupada en hacer de mi casa un paraíso con mil gratos cuidados, ornamento de mi vida con tu dulzura y tu gracia, y como la primavera esparce en torno sus flores, esparciendo en torno tuyo la animación y la felicidad.

Berta: ¿Comprendes ahora por qué me afligía ver cómo destruías por tu propia mano la suprema dicha? ¡Qué desgracia para mí, si hubiese debido seguir a su oscuro castillo al orgulloso caballero, opresor de su patria! Aquí no hay castillo, no hay muralla que me separe de un pueblo que ansío hacer feliz.

Rudenz: ¿Pero cómo salvarme, cómo romper las cadenas que en mi locura me forjé?

Berta: Rómpelas con varonil resolución. Suceda lo que quiera... sigue unido a tu pueblo; este es tu propio lugar. (Óyense a lo lejos algunas trompas de caza.) Se aproxima la comitiva; conviene separarnos pronto. Combate por tu patria y por tu amor.

Tenemos enfrente un común enemigo, ante el cual debemos temblar todos, y una libertad, de la cual gozaremos todos. (Se van.)

Acto tercero, escena tercera

Una pradera en Altdorf; algunos árboles en primer término. En el foro, una percha de la cual colgará un sombrero. Limita al horizonte la sierra de Bannberg, y una montaña nevada.

Frieshardt: Leuthold, de guardia.

Frieshardt: En vano aguardamos; nadie pasará a saludar el sombrero. Y sin embargo, mucha gente había por aquí... ¡si parecía esto una feria!... pero desde que se colgó este espantajo, la pradera ha quedado desierta.

Leuthold: Y sólo vemos, pasar algunos mendigos que vienen aquí a quitarse su andrajoso gorro... pero los buenos prefieren dar una larga vuelta antes que inclinarse delante del sombrero.

Frieshardt: Pero no tendrán otro remedio que pasar por aquí, a medio día, cuando salgan de la casa capitular.

Buena presa esperaba hacer hoy, porque nadie se acordó del saludo; pero el cura que venía de asistir a un enfermo lo advirtió, y se ha plantado con los santos sacramentos juntito a la percha; el monaguillo tocaba la campanilla, y claro, todos se han arrodillado, y yo también, pero no al sombrero, sino a los santos sacramentos hicieron la reverencia.

Leuthold: ¡Camarada! — me parece que estamos aquí como puestos a la vergüenza, porque la verdad es que es vergonzoso para un soldado hacer guardia junto a un mal sombrero... Esta gente nos desprecia, sin duda. Descubrirse al pasar por delante de él... confesemos que es un extravagante capricho.

Frieshardt: ¿Y por qué no por un sombrero? ¿No saludas tú muchas cabezas hueras? (Hildegarda, Matilde, Isabel llegan llevando a sus niños de la mano, y pasan por delante de la percha.)

Leuthold: ¡Valiente pillo estás tú con ese celo! De buena gana maltratarías a estos buenos aldeanos... Por mí que hagan lo que quieran; yo haré la vista gorda.

Matilde: Hijos míos, ¿veis el sombrero del gobernador?.. saludad con respeto.

Isabel: ¡Ojalá se vaya pronto y no nos deje más recuerdo que este!... ¡No irían las cosas peor de lo que van!

Frieshardt: (Echándolas fuera.) Vaya... afuera, miserable caterva de mujeres... ¡No hacéis falta por aquí! Vengan vuestros maridos si son tan valientes que se atrevan a forzar la consigna. (Se van las mujeres.

Tell se adelanta armado de su ballesta y llevando de la mano a su hijo; pasan por delante del sombrero sin fijar en él la atención.

Walther: (Señalando la sierra.) Padre, ¿verdad que los árboles de estas montañas manan sangre al darles un hachazo?

Tell: ¿Quién te ha dicho esto, hijo. mío?

Walther: Un pastor. Dice que estos árboles están encantados, y si alguien los maltrata, después de muerto, sale su mano de la fosa.

Tell: Sí, sí; estos árboles están encantados, verdad... ¿Ves a lo lejos aquellas montañas que se elevan hasta tocar al cielo?

Walther: ¡Los ventisqueros que retumban de noche como el trueno!... de allí se desprenden los aludes.

Tell: Sí, hijo mío... pues mira, si el bosque que está encima del pueblo no los detuviera, sepultarían en el hielo a Altdorf.

Walther: (Después de un momento de reflexión.) Padre, ¿hay países sin montañas?

Tell: Cuando se desciende de éstas, y se sigue el curso del río hacia abajo, se llega a una vasta comarca donde no hay torrentes espumosos y corren las aguas, lentas, tranquilas... Allí verías cómo crece el trigo en la ancha llanura; la campiña parece un jardín.

Walther: Y bien, padre, ¿por qué no vamos cuanto antes a un país tan bello, en lugar de estarnos aquí, siempre ansiosos... siempre atormentados?

Tell: ¡Oh!... Aquel país es muy bueno, es bello como el paraíso, pero los que lo cultivan no disfrutan de lo que sembraron.

Walther: ¡Cómo!... ¿No son libres como tú, en sus tierras?

Tell: Sus tierras son del rey y del obispo.

Walther: Pero podrán cazar con libertad en sus bosques,

Tell: La caza, las aves, son del rey.

Walther: Entonces pescarán en el río.

Tell: Los ríos, el mar, la sal, son del rey.

Walther: — ¿Y quién es el rey que tanto le temen?

Tell: Es un hombre que les protege y les mantiene.

Walther: ¿Y no pueden protegerse ellos mismos?

Tell: Allí el vecino no se fía del vecino.

Walther: Padre, no me gustaría vivir allí; prefiero seguir bajo los aludes.

Tell: Sí, hijo mío; más vale vivir entre hielos, que junto a los malos. (Prosiguen su camino.)

Walther: ¡Mira, padre, qué sombrero colgando de una percha!

Tell: ¡Y qué nos importa!. Ven; sígueme. (A los pocos pasos. Frieshardt se adelanta con su pica.)

Frieshardt: En nombre del emperador, deteneos y no paséis adelante.

Tell: (Cogiendo la pica.) ¿Qué queréis?... ¿Por qué me detenéis?

Frieshardt: Habéis faltado a la orden; seguid.

Leuthold: Pasasteis sin saludar este sombrero.

Tell: ¡Dejadme pasar, buen hombre!

Frieshardt: ¡Vaya!... ¡vaya!... ¡A la cárcel!

Walther: ¡Mi padre a la cárcel! ¡Socorro! ¡Socorro! (Sale gente.) Aquí... socorrednos... ayudadnos. (Los guardias se llevan a Tell. Salen el Cura y el Sacristán y tres hombres más.)

El Sacristán: ¿Qué hay?

Roesselmann: ¿Por qué prendes a este hombre?

Frieshardt: Por enemigo del imperio, por traidor.

Tell: (Sacudiéndole con fuerza.) ¡Yo traidor!

Roesselmann: Te engañas, amigo; es Tell, un hombre honrado y un buen ciudadano.

Walther: (Viendo a Walther Furst y corriendo hacia él.) ¡Socorro, abuelo, que maltratan a mi padre!

Frieshardt: ¡Vaya! ¡a la cárcel!

Walther Furst: (Acudiendo.) Yo respondo de él. Deteneos. En nombre del cielo, ¿qué ha ocurrido, Tell? (Salen Melchthal y Stauffacher.)

Frieshardt: Desprecia la autoridad suprema del gobernador, y no quiere reconocerla. Stauffacher. — ¡Tell obraría así!

Melchthal: ¡Mientes, pillastre!

Leuthold: ¡No ha saludado el sombrero!

Walther Furst: ¿Y por esto irá a la cárcel? Amigo mío, acepta mi fianza y suéltalo.

Frieshardt: Guarda para ti tu fianza; nosotros obedecemos a la consigna. Vamos; ¡a la cárcel!

Melchthal: ¡Irritante violencia! ¡Y sufriremos que impunemente nos lo roben!

El Sacristán: Somos los más fuertes; compañeros, no suframos tal; debemos ayudarnos mutuamente.

Frieshardt: ¿Quién se atreve a resistir a las órdenes del gobernador?

Tres Aldeanos: (Acudiendo.) Nosotros os ayudaremos... ¿qué hay? ¡A tierra con ellos! (Hildegarda, Matilde e Isabel vuelven a salir.)

Tell: Ya me defenderé solo. Retiraos, buena gente... ¿Creéis que si quisiera emplear la fuerza me impondrían temor sus alabardas?

Melchthal: (A Frieshardt.) ¡A ver si te atreves a llevártelo en nuestra presencial

Walther Furst y Stauffacher: ¡Calma!... ¡calma!...

Frieshardt: (Gritando.) ¡A mí!... ¡Un motín... una sedición! (Suenan a lo lejos las trompas de caza.)

Las Mujeres: ¡El gobernador!

Frieshardt: (Gritando.) ¡A motín... socorro!

Stauffacher: Grita hasta que revientes, bribón.

Roesselmann y Melchthal: ¿Quieres callar?

Frieshardt: (Sigue gritando.) ¡Socorro! ¡socorro! ¡Favor a la justicia!

Walther Furst: ¡El gobernador!... ¡Ay de nosotros!... ¿Qué va a pasar aquí? (Geszler a caballo y llevando en la mano el halcón; Rodolfo,

Berta, Rudenz y numerosa comitiva de criados alrededor de la escena.)

Rodolfo: ¡Paso!... ¡paso al gobernador!

Geszler: ¡Dispersadlos!... ¿Por qué este corrillo?... ¿Quién pide socorro? ¿Qué pasa? (Silencio general.) Quiero saberlo. (A Frieshardt.) Avanza. ¿Quién eres tú, y por qué has preso a este hombre? (Entrega el halcón a su criado.)

Frieshardt: Poderoso señor, soy un soldado de tu ejército, y me hallaba de centinela junto a este sombrero. He preso a este hombre porque se ha negado a saludarle; quería llevarlo a la cárcel cumpliendo tus órdenes, y el pueblo quiere quitármelo por la fuerza.

Geszler: (Después de un momento de silencio.) ¿Así desprecias al emperador, y a mí que ocupo su lugar, negándote a mostrar el respeto debido a este sombrero que mandé colgar aquí para poner a prueba vuestra obediencia? Con esto das a comprender tus malas intenciones.

Tell: Perdonadme, señor; fue distracción, no desprecio, perdonadme. Como me llamo Tell; que no sucederá otra vez.

Geszler: (Despuéz de un momento de silencio.) Tell, eres maestro en el arco. Dicen que das siempre en el blanco.

Walther: Cierto, señor; mi padre acierta una manzana a cien pasos.

Geszler: ¿Es hijo tuyo, Tell?

Tell: Sí; señor.

Geszler: ¿Tienes muchos hijos?

Tell: Dos, señor.

Geszler: ¿A cuál de ellos amas con más cariño?

Tell: Ambos son mis hijos del alma.

Geszler: Pues bien, Tell puesto que aciertas una manzana a cien pasos, es necesario que des una prueba de tu puntería. Toma tu ballesta; precisamente la llevas contigo. Prepárate a acertar una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo.

Pero te aconsejo que apuntes bien y des en el blanco del primer flechazo, porque si yerras, pagarás con la vida. (Todos manifiestan su horror.)

Tell: Señor, ¡qué horrible mandato el vuestro!... ¿Yo debo sobre la cabeza de mi hijo...? No, no, no, mi bondadoso señor... no es posible que se os ocurra... ¡Líbreme de ello el Dios de las misericordias!... Vos no podéis con formalidad exigir de un padre semejante cosa.

Geszler: Tú dispararás sobre una manzana colocada en la cabeza de tu hijo... lo quiero y lo mando.

Tell: ¡Yo apuntar con mi ballesta a mi propio hijo!... antes la muerte.

Geszler: — Dispararás o morirás con él.

Tell: ¡Ser el verdugo de mi hijo!... ¡Señor... vos no tenéis hijos... vos no sabéis lo que pasa en el corazón de un padre!

Geszler: Por vida mía, Tell, que te vuelves de súbito muy prudente. Dicen que eres un soñador, que te apartas de los hábitos de los demás, que gustas de lo extraordinario... ahí tienes por qué elegí para ti una acción arriesgada. Otro reflexionaría, pero tú, tú cerrarás los ojos y tomarás osadamente tu partido.

Berta: No os chancéis, señor, con esta pobre gente. Vedlos pálidos y temblorosos en vuestra presencia; no están acostumbrados a tomar a chanza las palabras de su gobernador.

Geszler: ¿Y quién os ha dicho que me chanceo? (Se acerca a un árbol y coge una manzana.) Ahí está la manzana... ¡despejar!... Que mida

la distancia según el uso. Le concedo ochenta pasos... ni más ni menos. Se jacta de acertar un hombre a cien pasos... Ahora dispara y no yerres el tiro.

Rodolfo: Dios mío; la cosa se formaliza... Arrodíllate, hijo, y suplica al gobernador que te conceda la vida.

Walther Furst: (A Melchthal que apenas puede contenerse.) ¡Dominaos, os lo ruego... calma!...

Berta: (Al gobernador.) Basta, señor; es inhumano jugar así con la angustia de un padre. Aunque este pobre hombre mereciera morir por su leve falta, ¿no acaba de sufrir diez muertes? Dejadle volver a su cabaña; ha aprendido a conoceros, y él y sus hijos se acordarán de este momento mientras vivan.

Geszler: Vaya... ¡despejad!... ¿Por qué tardas? Merecías morir, puedo matarte y ya ves... en mi clemencia pongo tu suerte en tus hábiles manos. No debe lamentarse del rigor de su sentencia el hombre a quien se deja dueño de su propio destino. Te jactas de tener buen ojo;

¡pues bien, cazador!... se trata de que nos muestres tu habilidad. El blanco es digno de ti, y el premio no carece de importancia.

Dar en mitad del blanco eso cualquiera lo hace, pero el que es maestro, en todas ocasiones está seguro de su destreza, y no pierde el pulso ni la puntería porque lata su corazón.

Walther Furst: (Echándose a sus plantas.) Señor gobernador, reconocemos vuestro poder, mas preferid la clemencia a la justicia; tomad la mitad de mis bienes, tomadlos todos si queréis, pero excusad tan horrible tortura a un padre.

Walther: Abuelo, no te arrodilles delante de este mal hombre. Decid dónde debo colocarme, que por mi parte nada temo. Mi padre acierta los pájaros en el aire, y no herirá en el corazón a su hijo.

Stauffacher: Señor, ¿no os conmueve su inocencia?

Roesselmann: Pensad que hay un Dios en el cielo, a quien debéis dar cuenta de vuestras acciones.

Geszler: (Señalando al niño.) Atadle a ese árbol.

Walther: ¡Atarme! No, no quiero ser atado; tranquilo como un cordero, no me atreveré a respirar siquiera, pero si me atáis, no lo sufriré... no quiero que me atéis... si me atáis, resistiré.

Rodolfo: Sólo te vendarán los ojos, hijo mío.

Walther: ¿Y por qué? ¿Os figuráis que le temo a una flecha lanzada por mano de mi padre? Quiero esperarla con firmeza y sin pestañear... Vamos, padre mío, pruébales que eres diestro arquero.

No quiere creerte, e intenta perdernos... A despecho de este hombre cruel, dispara, y acierta. (Se dirige al árbol, y colocan la manzana sobre su cabeza.)

Melchthal: (A sus compañeros.) Pues qué... ¿se cometerá este crimen en nuestra presencia? ¿Para qué prestamos juramento?

Stauffacher: Es inútil; no tenemos armas, y ved en cambio qué bosque de lanzas nos rodea.

Melchthal: ¡Ah! si hubiésemos ejecutado nuestro designio inmediatamente! ¡Dios perdone a los que aconsejaron que se aplazara!

Geszler: (A Tell.) ¡Manos a la obra! No se llevan armas impunemente, y es peligroso pasearse por ahí con un instrumento de muerte; la flecha va a parar de rechazo contra el que la arroja.

Este derecho que con tal orgullo se atribuye el campesino, ofende al señor de esta comarca, porque sólo quien manda debe ir armado. Puesto que os satisface usar el arco y las flechas... Perfectamente... yo os daré el blanco.

Tell: (Tiende la ballesta y coloca en ella una flecha.) ¡Haceos a un lado!... a un lado!

Stauffacher: ¡Cómo, Tell!... ¿intentaréis?... No; ¡jamás!... tembláis.... vuestra mano tiembla, se doblan vuestras rodillas!

Tell: (Deja caer su ballesta.) ¡Todo da vueltas en torno!

Las Mujeres: ¡Dios mío!

Tell: (Al gobernador.) Excusadme este trance. Ahí está mi pecho; ordenad a vuestros soldados que me maten.

Geszler: No quiero tu vida; quiero que dispares la flecha.

Todo lo puedes, Tell; nada te asusta; manejas así el remo como la ballesta, y no te impone pavor la tempestad cuando se trata de salvar a un hombre; sálvate ahora a ti mismo, puesto que salvas a los demás. (Tell, hondamente agitado y con las manos temblorosas, ora vuelve los ojos al gobernador, ora los eleva al cielo.

De repente saca una segunda flecha de su carcaj. El gobernador observa todos sus movimientos.

Walther: (Bajo el árbol.) Disparad, padre; nada temo.

Tell: Forzoso es. (Recoge sus fuerzas y se apresta a disparar.)

Rudenz: (Que durante la escena ha intentado dominarse, se adelanta.) Señor gobernador, sin duda no pasaréis más adelante... No; esto fue una prueba, y habéis logrado ya vuestro objeto. Extremar las medidas de rigor no sería prudente, porque el arco demasiado tirante se rompe.

Geszler: Callad, hasta ser preguntado.

Rudenz: Quiero hablar, debo hablar; el honor del rey es sagrado para mí... Semejante conducta sólo puede producir el odio, y ésta no es la intención del rey; me atrevo a afirmarlo. Mis conciudadanos no

merecen semejante crueldad, y vuestras atribuciones no se extienden hasta estos límites.

Geszler: ¡Cómo! Osáis...

Rudenz: Guardé silencio mucho tiempo ha sobre todas las maldades de que fui testigo, y cerré los ojos a cuanto veía, y oculté en mi pecho la indignación de mi alma, pero callar por más tiempo fuera hacer traición a mi patria y al emperador.

Berta: (Interponiéndose entre él y el gobernador.) ¡Dios mío!... ¡Así irritáis más y más a este furioso!

Rudenz: Abandoné a mis conciudadanos, renuncié a mi familia, rompí todos los lazos de la naturaleza para unirme a vos. Creía abrazar el mejor partido para este país, afirmando en él el poder de imperio, pero cae la venda de mi; ojos y me veo con espanto atraído a un abismo.

Perturbasteis mi mente inexperta, engañasteis mi ánimo confiado: con la más noble intención perdía a mis compatriotas.

Geszler: ¡Temerario!... Hablas así a tu soberano.

Rudenz: Mi soberano, es el emperador, y no Geszler. Libre al par que vos, puedo medirme con vos como caballero, y si no representarais al emperador, a quien venero, en el punto en que le hacéis ultraje os arrojaría el guante a la cara, y debierais darme satisfacción según las leyes de caballería.

Sí; llamad a vuestros soldados... no estoy desarmado como el pueblo... tengo una espada y al primero que se acerque...

Stauffacher: (Gritando.) ¡Acertó la manzana! (Mientras todos escuchaban al gobernador y a Rudenz, Tell disparó la flecha.)

Roesselmann: ¡El niño vive!

Algunos: (Exclaman.) ¡Acertó la manzana! (Walther Furst tiembla, próximo a caer desmayado. Berta le sostiene.)

Geszler: (Sorprendido.) ¿Ha disparado?... ¡Cómo este demonio...

Berta: El niño vive; volved en vos, buen padre.

Walther: (Acudiendo con la manzana.) Padre, toma la manzana; ya sabía yo que no habías de lastimar a tu hijo. (Tell, al disparar la flecha, inclina el cuerpo hacia delante como si quisiera seguirla; después deja caer la ballesta, y cuando ve volver a su hijo, corre a su encuentro extendiendo los brazos, y le oprime con ardor contra su seno.

Luego desfallece, próximo a perder el sentido. Todas le contemplan con emoción.

Berta: ¡Bondad divina!

Walther Furst: ¡Hijos míos! ¡hijos míos!

Stauffacher: ¡Dios sea alabado!

Leuthold: ¡Acción memorable que ha de pasar a la historia!

Rodolfo: Mientras estas montañas permanezcan inmóviles sobre su base, se hablará del arquero Tell. (Presenta la manzana al gobernador.)

Geszler: ¡Por el cielo! La atravesó de parte a parte. Es maravilla; forzoso es hacerle justicia.

Roesselmann: El flechazo ha sido bueno, pero ¡ay de aquel que ha forzado este hombre a tentar a la Providencia!

Stauffacher: Volved en vos, Tell, levantaos; os habéis portado bravamente, y podéis volver a casa en libertad.

Roesselmann: Id, y devolved al hijo a su madre. (Intentan llevárselo.)

Geszler: ¡Oye, Tell!

Tell: (Vuelve.) ¿Qué me mandáis, señor?

Geszler: Has guardado una segunda flecha contigo... Sí; sí; lo he visto perfectamente... ¿Cuál era tu intención?

Tell: (Confuso.) Señor; es costumbre entre los cazadores.

Geszler: No, Tell, no acepto tu respuesta; otra era tu intención. Dime la verdad con toda franqueza, libremente. Sea lo que fuere, te prometo que tienes asegurada la vida. ¿Qué pensabas hacer de tu segunda flecha?,

Tell: Pues bien, señor; puesto que me prometéis la vida, os diré la verdad. (Saca la flecha y la muestra al gobernador con terrible ademán.) Si hubiese tocado a mi hijo del alma, con esta segunda flecha disparaba contra vos, y juro al cielo que esta vez... no hubiera errado el golpe.

Geszler: Bien, Tell, te he prometido la vida bajo palabra de caballero, y lo cumpliré; mas conociendo tus malas intenciones, voy a llevarte donde no veas jamás al sol ni la luna. Así me hallaré al abrigo de tus flechas. Cogedle y atadle. (Atan a Tell.)

Stauffacher: ¡Cómo, señor! ¿Podéis tratar así a un hombre a quien Dios protege visiblemente?

Geszler: Veremos si Dios le libertará por segunda vez... Llevadle a mi barca; soy con él al instante y yo mismo le conduciré a Kussnacht.

Roesselmann: No os atreveréis a ello; el mismo emperador no se atrevería, porque esto es contrario a nuestros fueros.

Geszler: ¿Dónde están? ¿Los ha confirmado el emperador? No; no los ha confirmado, y sólo con vuestra obediencia obtendréis esta gracia. Rebeldes a sus mandatos, alimentáis audaces proyectos de resistencia... Os conozco; leo en vuestros corazones. Prendo sólo a este hombre entre vosotros, pero todos habéis tomado parte en su delito.

Aprenda el discreto a callar y a obedecer. (Se va; Berta, Rudenz, Rodolfo y los soldados le siguen. Frieshardt y Leuthold Se quedan.)

Walther Furst: (Con vivísima pena.) Se va; ha resuelto perderme a mí, y a toda mi familia.

Stauffacher: (A Tell.) ¡Oh!... ¿Por qué habéis excitado la rabia de este energúmeno?

Tell: ¿Pero habrá quien sea dueño de sí en trance tan cruel?

Stauffacher: ¡Esto es hecho!... ¡Esto es hecho! Con vos quedamos encadenados todos, todos esclavos. (Los aldeanos rodean a Tell.) ¡Con vos se aleja nuestro último consuelo.

Leuthold: (Acercándose.) Tell, os compadezco, pero debo obedecer.

Tell: Adiós.

Walther: (Con dolor, y cogiéndose a su padre) ¡Padre mío! ¡padre mío! ¡Padre del alma!

Tell: (Elevando las manos al cielo.) Allí está tu Padre; invócalo.

Stauffacher: Tell, ¿nada me encargáis para vuestra mujer?

Tell: (Abrazando a su hijo con ternura.) Veo a mi hijo sano y salvo. ¡Dios vendrá en mi ayuda! (Se va.)

Acto cuarto, escena primera

La costa oriental del lago de los Cuatro-Cantones. Rocas escarpadas y de forma rara, limitan el horizonte al oeste. El lago, borrascoso. Truenos y relámpagos.

Kunz de Gersau: Un Pescador y su Hijo.

Kunz: No queréis creerme, pero yo lo he visto con mis propios ojos; todo ha ocurrido como os decía.

Pescador: ¡Preso Tell y llevado a Kussnacht! ¡El hombre más honrado de la comarca, el más valiente el día en que fuese necesario combatir por la libertad!

Kunz: El mismo gobernador le acompaña por el lago. Iban a embarcarse cuando salí de Fluelen, pero tal vez les ha detenido la borrasca, que ya se acercaba, y que me ha obligado a detenerme aquí.

Pescador: ¡Preso Tell!... ¡Tell en poder del gobernador!... ¡Oh!... ya podéis suponer que van a sepultarle en el más hondo calabozo para que no vea más la luz del día, porque Geszler temerá la justa venganza del hombre libre que maltrató con tal crueldad.

Kunz: Dicen que está muriéndose nuestro antiguo landammann, el noble señor de Attinghausen.

Pescador: De modo que va a romperse nuestra última áncora de salvación... Era el único hombre que osaba todavía levantar la voz en defensa de los derechos del pueblo.

Kunz: La tempestad crece... Con Dios...; me voy al lugar en busca de posada, pues hoy no hay que pensar en salir. (Se va.)

Pescador: ¡Tell preso, y el barón muerto! Alza tu frente con descaro, ¡oh tiranía!; cese todo escrúpulo. La boca de la verdad ha enmudecido, la mirada penetrante se extinguió, el brazo que debía libertarnos está encadenado.

El Hijo del Pescador: Graniza que es un primor, padre... Vamos a casa... no es tiempo éste para estar al aire libre.

Pescador: Rujan los vientos, y relumbren los rayos, y revienten las nubes e inunden la tierra las cataratas del cielo. ¡Así perezcan en germen las generaciones por venir, y los elementos desencadenados se agiten con furor, y vengan de nuevo las fieras a apoderarse de la tierra asolada! ¿Quién querrá vivir aquí sin libertad?

El Hijo del Pescador: ¡Oíd!... ¡Qué rumor en los abismos! ¡Cómo muge el viento! Nunca sopló sobre las olas del lago tan furiosa borrasca.

Pescador: ¡Derribar una manzana sobre la cabeza de un hijo! ¡Jamás se impuso tal a un padre! ¿No ha de sublevarse con furor la naturaleza entera con, semejante acción? ¡Ah!

No me sorprendería ver desplomarse estas rocas, confundirse estas agujas y muros de hielo, inmóviles desde la creación, partidas las montañas, hundidas las cavernas, un segundo diluvio inundando la tierra. (Suenan campanas a lo lejos.)

El Hijo del Pescador: ¿Ois sonar las campanas?... Habrán divisado una barca en peligro, y tocan a oración. (Se encarama a una altura.)

Pescador: ¡Ay de la barca que navega en este momento, mecida por el terrible oleaje! No han de valerle ni timón ni piloto. La tempestad reina como soberana, y el viento y las olas se mofan de los, esfuerzos del hombre.

Ni refugio ha de hallar, que no lo ofrecen estas escarpadas rocas... sólo le presentan su rudo pecho.

El Hijo del Pescador: (Mirando hacia la izquierda.) Padre, es una barca que viene de Fluelen.

Pescador: ¡Dios socorra a la pobre gente! Cuando la tempestad ha penetrado en esta sima, se revuelve colérica como bestia feroz contra los hierros de su cárcel; muge y busca en vano salida... porque los altos peñascos tocando al cielo la aprisionan y le cierran el paso. (Se encarama a la altura.)

El Hijo del Pescador: Padre, es la barca del gobernador de Uri; la reconozco por su cubierta roja y por su bandera.

Pescador: ¡Justicia de Dios!... Sí; es él, el gobernador. Viene hacia aquí; su crimen va consigo. Pronto le alcanzó la mano del Vengador omnipotente; ya ve ahora que hay un poder superior al suyo; estas olas no ceden a su voz... no se inclinan estas rocas delante de su sombrero.

No ruegues por él, hijo mío; no detengas la mano del Juez...

El Hijo del Pescador: ¡Yo no ruego por el gobernador, sino por Tell, que va con él, en la barca!

Pescador: ¡Oh! ciego furor de la borrasca!... ¿Para alcanzar al culpable, has de hundir por ventura la barca y el piloto?

El Hijo del Pescador: ¿Ves?... ¿ves han pasado felizmente el Buggisgrat, pero la violencia de la tormenta rechazada por el Tenfelmunster, los arroja hacia el gran peñasco de Axenberg; ya no los veo.

Pescador: Allí está el Hackmesser, donde se ha estrellado más de una nave; así se estrellarán ellos contra el escollo que sale del fondo del lago, si no la gobiernan con tino... Llevan buen timonero a bordo, y si alguien debe salvarlos ha de ser Tell, pero está atado. (Tell, con la ballesta en la mano, llega precipitadamente, mira en torno suyo con sorpresa, y parece muy agitado.

Llegado en medio de la escena, se arrodilla, toca el suelo con ambas manos, y después las eleva al cielo.

El Hijo del Pescador: (Repara en él.) Mira, padre, ¿quién es aquel hombre arrodillado?

Pescador: Coge el suelo con las manos y parece fuera de sí.

El Hijo del Pescador: (Se adelanta.) ¡Qué veo, padre mío!... Ven, mira.

Pescador: (Se acerca.) ¿Quién es? ¡Dios mío!... ¡Tell!... ¿Cómo os halláis aquí?... Hablad.

El Hijo del Pescador: ¿No ibais en la barca preso, atado?

Pescador: ¿No debían conduciros a Kussnacht?

Tell: (Levantándose.) ¡Soy libre!

El Pescador y su Hijo. — ¡Libre!... ¡Milagro de Dios!

El Hijo del Pescador: ¿De dónde venís?

Tell: De la barca.

Pescador: ¡Cómo!

El Hijo del Pescador: ¿Dónde está el gobernador?

Tell: A merced de las olas.

Pescador: ¿Es posible? Pero vos ¿cómo os halláis aquí? ¿cómo os habéis libertado de vuestras ligaduras y de la tempestad?

Tell: Con el clemente auxilio de Dios; oíd.

El Pescador y su Hijo: ¡Ah! hablad, hablad.

Tell: ¿Sabéis lo ocurrido en Altdorf?

Pescador: Lo sé todo; hablad.

Tell: Sabéis que el gobernador me hizo prender y atar para conducirme a la fortaleza de Kussnacht.

Pescador: Y que se embarcó con vos en Fluelen; ya lo sabemos; contadnos cómo habéis escapado.

Tell: Iba en la barca atado fuertemente con cuerdas, indefenso y resignado. Ya no esperaba ver más la riente luz del día, ni el amado rostro de mi mujer y de mis hijos, y extendía la mirada con desesperación sobre la desierta superficie de las aguas.

Pescador: ¡Oh, infeliz!

Tell: Así bogábamos, el gobernador, Rodolfo de Harrás, los criados y yo. Mi carcaj y mi ballesta iban a la popa de la barca cerca del timón.

Apenas llegados junto a la roca de Axenberg, de repente, por especial favor del cielo, horrible tempestad se precipita por el desfiladero de San-Gotardo... flaquean los remeros... todos se imaginan que vamos a naufragar. Entonces, oigo que uno de los criados se dirige al gobernador y le dice:

— Ya veis. señor, que vuestro peligro es el nuestro, estamos a las puertas de la muerte y los remeros espantados no saben conducir la barca; pero aquí está Tell, que es hombre vigoroso y sabe cómo se maneja el timón, ¿qué os parece?... Si en el riesgo que corremos, echáramos mano de él... — Y me dice el gobernador — .

Tell, si crees poder salvarnos, mandaré que te desaten. — Sí, señor — respondo yo — , con ayuda de Dios, espero poder arrancaron de aquí — . Y me desatan; empuño el timón y empiezo a maniobrar con arrojo.

Pero yo miraba de reojo mi ballesta, y buscaba atentamente en la costa un paraje, a donde saltar. Veo de pronto una roca plana, que se interna en el lago.

Pescador: La conozco; se halla al pie del gran Axen, pero no creía que fuese posible alcanzarla de un salto, porque es muy escarpada.

Tell: Grito a los remeros que maniobren con vigor hasta llegar a aquella roca, porque una vez allí — les digo — habremos escapado del riesgo mayor.

Llegados a fuerza de remos cerca de la roca, me encomiendo a Dios, atraco la barca con todos mis puños, cojo rápidamente la ballesta, salto a tierra, y con vigoroso esfuerzo empujo la barca hacia fuera donde ya puede seguir flotando hasta el día del juicio.

A mí, ahí me tenéis libre de la fuerza de la tormenta, y de la maldad de los hombres.

Pescador: Tell, Tell; el Señor obró visiblemente un milagro para salvaros; y apenas puedo creerlo. Pero decidme; ¿a dónde pensáis ir ahora? ¡Dónde hallar seguridad, si el gobernador escapa con bien!

Tell: Mientras estaba atado, le oí decir que pensaba desembarcar en Brunnen, y de allí, llevarme a su fortaleza pasando por Schwyz.

Pescador: ¿Quería ir por tierra?

Tell: Este era su propósito.

Pescador: ¡Oh! entonces, escondeos sin tardar... Dios no os libertará dos veces de sus manos.

Tell: Indicadme el camino más corto para ir a Arth y a Kussnacht.

Pescador: El camino principal pasa por Steinen, pero mi hijo, tomando otro más corto y poco conocido, podrá llevaros por Lowerz.

Tell: (Dándole la mano.) El cielo os recompense vuestra bondad... Con Dios... (Hace que se va, vuelve.) ¿No prestasteis también juramento en Rutli?...; — Me parece haber oído pronunciar nuestro nombre.

Pescador: Sí; allí estaba y presté el juramento de alianza.

Tell: Pues bien; hacedme el favor de ir a Burglen. Mi mujer estará ansiosa; decidle que estoy en libertad y fuera de peligro.

Pescador: ¿Dónde diré que os habéis retirado?

Tell: En casa hallaréis a mi suegro y a otros conjurados de Rudi. Decidles que se animen, que Tell está en libertad, y puede hacer uso de su brazo... que pronto sabrán algo de mí.

Pescador: ¿Qué pensáis hacer? Decidlo francamente.

Tell: Cuando estará hecho, dará que hablar. (Se va.)

Pescador: Enséñale el camino, Juan; Dios le acompañe, y que acabe felizmente lo que ha emprendido. (Se va.)

Acto cuarto, escena segunda

Una sala en el castillo de Attinghausen. El Barón, agonizando en un sillón. Walther Furst, Stauffacher, Melchthal y Baumgarten, rodéanle solícitos. Walther Tell, arrodillado a sus pies.

Walther Furst: Nada cabe esperar; ha muerto.

Stauffacher: No ha muerto todavía... Mirad; aún la respiración acaricia su bigote... si parece que duerme tranquilamente... ¡qué sonriente y tranquila su faz! (Baumgarten se dirige a la puerta, y habla con alguien desde dentro.)

Walther Furst: ¿Quién hay?

Baumgarten: Vuestra hija Hedwigia que desea hablaros y ver a su hijo. (Wather Tell se levanta.)

Walther Furst: ¿Y acaso puedo consolarla?... ¿Dispongo yo mismo de consuelo alguno?... Todas las penas se agolpan sobre mi cabeza.

Hedwigia: (Entrando.) ¿Dónde está mi hijo? Dejadme; quiero verle...

Stauffacher: Serenaos... pensad que os halláis en la casa de un moribundo.

Hedwigia: (Corriendo precipitadamente hacia su hijo.) ¡Walther mío!... ¡Oh... vives para mí!

Walther Tell: (En brazos de su madre.) ¡Pobre madre mía!

Hedwigia: ¿Es cierto?... ¿No estás herido? (Mirándole con ansiedad.) ¿Es posible? ¿Y pudo disparar contra ti? ¡Ah... no tiene corazón... lanzar una flecha a la cabeza de su hijo!

Walther Furst: Lo hizo, víctima de la mayor ansiedad... con el alma partida de dolor... y a la fuerza; iba en ello su vida.

Hedwigia: ¡Ah! si tuviera corazón verdaderamente paternal, hubiera muerto mil veces antes de resolverse a hacerlo.

Stauffacher: Debierais dar gracias a Dios que guió con tal acierto su brazo.

Hedwigia: ¿Pero es posible que olvide lo que podía ocurrir? ¡Dios del cielo!... Si cien años viviera, cien años seguidos vería a este niño atado, a su padre disparando contra él, y la flecha atravesándome el corazón.

Melchthal: ¡Si supierais cuánto le ha irritado el gobernador!

Hedwigia: ¡Oh, qué corazón tan empedernido el de los hombres!... Todo lo olvidan en cuanto se hiere su orgullo. En su ciego furor, juegan con la cabeza de un niño y el corazón de una madre.

Baumgarten: Harto desgraciado es vuestro marido para que amarguéis su suerte con vuestros reproches. ¿No os duelen sus penas?

Hedwigia: (Volviéndose hacia él y mirándole fijamente.) Y tú ¿sólo tienes lágrimas para la desgracia de tu amigo? ¿Dónde estabais cuando cargaron de cadenas al hombre más bueno del mundo? ¿En qué le auxiliasteis? Habéis presenciado tan horrible tiranía con los brazos cruzados, llevando en paciencia que os arrebataran al amigo en vuestras barbas.

¿Así se portó Tell con vos? ¿Se limitó a compadeceros, cuando teníais detrás a los guardias del gobernador, y delante el lago enfurecido? ¿Manifestó su compasión con vanas lágrimas? No; saltó a la barca, y olvidó para salvarte a su mujer y a sus hijos.

Walther Furst: ¿Pero qué podíamos hacer por libertarle, siendo tan pocos y desarmados?

Hedwigia: (Arrojándose a los brazos de su padre.) ¡Oh, padre mío! También tú le perdiste, y el país y todos le perdimos! ¡A todos nos falta, y nosotros le faltamos a él...! ¡Dios preserve su alma de la desesperación!

¡Ni un solo amigo descenderá a consolarle a las profundidades de su calabozo!... Sí, enfermará... ¡ay de mí... enfermará sin duda, en aquella oscuridad, en aquella humedad... La rosa de los Alpes palidece y se marchita en un valle pantanoso... Y él, él sólo puede vivir a la luz del sol y al aire libre.

¿Preso él?... Él, que sólo vivía de libertad... No podrá, no podrá subsistir en la fétida atmósfera de un subterráneo.

Stauffacher: Serenaos; todos nos esforzaremos en arrancarle de su prisión;

Hedwigia: ¿Y qué podéis hacer sin él? Mientras Tell era libre, había esperanza; la inocencia tenía un amigo y el oprimido un defensor. Él os hubiera libertado a todos, y todos reunidos no podréis libertarle a él. (El barón despierta.)

Baumgarten: ¡Se muere, silencio!

Attinghausen: (Incorporándose.) ¿Dónde está?

Stauffacher: ¿Quién?

Attinghausen: Me falta, me abandona en el postrer instante.

Stauffacher: Piensa en su sobrino. ¿Han ido por él?

Walther Furst: Han ido. Consolaos; oyó la voz de su corazón y es de los nuestros. Attinghausen. — ¿Habló por su patria?

Stauffacher: Con heroico valor.

Attinghausen: ¿Por qué no viene a recibir mi última bendición?... Siento que mi fin se acerca.

Stauffacher: No, noble señor; este breve sueño ha reparado vuestras fuerzas... brillan vuestros ojos...

Attinghausen: Vivir es padecer. Se acabaron ya los padecimientos, y con ellos la esperanza. (Repara en el niño.) ¿Quién es este niño?

Walther: Bendecidle, mi señor; es mi nieto, huérfano para siempre. (Hedwigia cae de hinojos, con el niño a los pies del moribundo.)

Attinghausen: Y yo os dejo huérfanos a todos... a todos. ¡Desdichado de mí! Mis postreras miradas han visto la ruina de la patria. ¡Por qué llegar a edad tan avanzada para ver morir conmigo todas mis esperanzas!

Stauffacher: (A Walther Furst.) ¿Y morirá sumido en tan profundo dolor? ¿No haremos que brille en su postrer momento un rayo de esperanza? Noble barón, reanimaos, que no estamos abandonados del todo, ni perdidos sin recurso.

Attinghausen: ¿Quién os salvará?

Walther Furst Nosotros mismos; oíd. Los tres cantones se han aliado y prestado juramento, comprometiéndose a expulsar a sus opresores. Antes de año nuevo habremos realizado nuestros designios, y descansarán vuestros despojos en tiera libre.

Attinghausen: ¡Oh!... decídmelo... ¿habéis jurado aliaros?

Melchthal: En un mismo día, los tres cantones se levantarán en armas. Todo está preparado, y hasta ahora se guardó perfectamente el secreto, con ser a centenares los que están en él. El mismo suelo que pisan nuestros opresores está minado... contados sus días... bien pronto no va a quedar ni rastro de ellos.

Attinghausen: Pero ¿y las fortalezas de las comarca?

Melchthal: Caerán todas en un mismo día.

Attinghausen: ¿Tomaron parte en esta alianza los nobles?

Stauffacher: Contamos con su socorro en caso necesario, pero hasta ahora sólo los villanos han prestado juramento.

Attinghausen: (Se levanta con dificultad y con viva sorpresa.) ¡Cómo! ¿Los villanos han osado tomar tal resolución, por su propia cuenta, sin el apoyo de los nobles? ¿Tanto fían en sus propias fuerzas?... Entonces ya no se tiene necesidad de nosotros, y podemos sin pena descender a la tumba. Nuestro tiempo ha pasado.

La dignidad de los hombres será sostenida por otro poder. (Pone sus manos en la cabeza del niño, de hinojos a sus plantas.) De aquel instante en que se puso la manzana sobre la cabeza de este niño, data una nueva y mejor libertad.

Fue derribado el orden antiguo; cambian los tiempos; una nueva era florece entre las ruinas.

Stauffacher: (A Walther Furst.) Observad cómo se anima su mirada; no brilla en ella el rayo de una naturaleza espirante, sino el de una nueva vida.

Attinghausen: La nobleza desciende de sus antiguos castillos para acudir a los pueblos a prestar su juramento de ciudadanía. Fueron los primeros. Uechtland y Thurgovia; la noble ciudad de Berna alza su frente soberana; Friburgo ofrece seguro asilo a los hombres libres;

Zurich arma sus cofradías y hace de ellas un ejército, y el poder de los reyes se estrella al pie de estos eternos muros. (Pronuncia las Palabras siguientes con tono profético y exaltado.) Veo a los príncipes y a la nobleza, revestidos de su noble armadura, avanzando hacia aquí para combatir a un pobre pueblo de pastores.

Se libran tremendas batallas, y más de un desfiladero adquiere celebridad con sangrientas victorias.

El aldeano se arroja al encuentro de un haz de lanzas con el pecho desnudo, ofreciéndose como víctima voluntaria; abre paso, cae la flor

de la nobleza, y la libertad enarbola su estandarte. (Toma la mano de Walther Furst y de Stauffacher.) Permaneced unidos estrechamente y para siempre.

Que ninguna comarca se mantenga indiferente a la libertad de otra comarca; velad desde la cima de estos montes, para que lo confederados acudan presurosos a defender a los confederados.

Permaneced unidos..., unidos..., unidos... (Cae desplomado en el sillón, pero continúa teniendo entre sus manos heladas las de Walther Furst y Stauffacher, quienes le miran largo tiempo en silencio. Después se retiran, y se entregan a su dolor.

En esto salen los criados del barón, y se acercan a él con vivas muestras de pesar; unos se arrodillan junto a él, otros derraman lágrimas sobre sus manos. Durante esta escena muda, suena la campana del castillo.

Rudenz: (Entrando con precipitación.) ¿Vive todavía?... ¡Oh! decid... ¿podrá oírme?

Walther Furst: (Le muestra a Attinghausen, volviendo el rostro.) Sois desde ahora nuestro señor y nuestro protector; este castillo ha pasado a otro dueño.

Rudenz: (Contempla el cadáver de su tío, sobrecogido por violento dolor.), ¡Oh, Dios!... Mi arrepentimiento ha sido tardío. ¿Por qué no vivió algunos instantes más, para enterarse de mi mudanza? Desprecié sus nobles consejos cuando vivía, y ahora ya no existe; nos ha abandonado para siempre, y me deja una deuda sagrada que cumplir.

¡Oh!... decidme, ¿murió enojado contra mí?

Stauffacher: Poco antes de morir ha sabido lo que habíais hecho, y ha bendecido el valor con que hablasteis.

Rudenz: (De rodillas delante del cadáver.) Sí; sagrados despojos de. quien tan vivamente amé, cuerpo inanimado, juro por estas manos que heló la muerte, que sacudí para siempre el yugo extranjero, y vuelvo a los brazos de mis compatriotas.

Soy y quiero ser con toda el alma un verdadero suizo. (Levantándose.) Llorad por vuestro amigo, por vuestro padre, mas no desesperéis. No heredo tan sólo sus riquezas; su alma desciende a la mía, y el joven cumplirá las promesas del anciano. Dadme vuestra mano, venerable padre, y vos, Melchthal, vos también.

¡Oh! no vaciléis, no volvais el rostro, recibid mi confesión y mis juramentos.

Walther Furst: Dadle vuestra mano; vuelve a nosotros, y merece que confíenos en él.

Melchthal: Habéis tratado con desdén al villano. Hablad; ¿qué podemos esperar de vos?

Rudenz: ¡Ah! olvidad el yerro de mi juventud.

Stauffacher: (A Melchthal.) Permaneced unidos; tal fue: la última palabra de nuestro padre. Recordadla.

Melchthal: Ahí está mi mano. La promesa de un villano, noble caballero, es también palabra de honor. ¿Qué sería sin nosotros el caballero? Nuestra profesión es más antigua que la vuestra.

Rudenz: La honro, y mi espada la protegerá.

Melchthal: Señor barón, el brazo que subyuga y fecunda un suelo ingrato, puede también defendernos.

Rudenz: Vosotros me defenderéis y yo a vosotros, y sosteniéndonos mutuamente seremos fuertes. Mas ¿por qué entretenernos en hablar, cuando gime todavía la patria, víctima de extranjero yugo? Cuando la habremos libertado, entonces firmaremos en paz nuestro

contrato. (Pausa.) ¿Calláis? ¿Nada tenéis que decirme? ¡Cómo! ¿No merecí todavía vuestra confianza?

Pues bien; será necesario que entre a formar parte de vuestra conjuración a despecho vuestro. Sé que os habéis reunido en Rutli, y allí habéis prestado juramento; sé cuánto habéis hecho, y aunque no me confiasteis nada de esto, lo guardo como sagrado depósito.

Creed que no he sido nun ca el enemigo de mi país, ni obre nunca contra vosotros. Pero hicis teis mal en diferir vuestro plan; e tiempo urge, y es fuerza obrar pron tamente. Tell ha sido ya víctima de vuestra demora.

Stauffacher: Hemos jurado aguardar hasta Navidad.

Rudenz: No estaba yo allí; por tanto no he jurado. Vosotros aguardad; yo obraré.

Melchthal: ¡Cómo!... ¿querríais?...

Rudenz:.Soy uno de los jefe del país y mi primer deber consiste en protegeros.

Walther Furst: Devolver a la tierra estos despojos, es nuestro primer deber, nuestro más sagrado deber.

Rudenz: Cuando habremos libertado al país, depondremos sobre el féretro la corona de la victoria. ¡Oh! amigos míos; no defiendo vuestra propia causa, sino la mía. Sabed que, Berta ha desaparecido, ha sido secretamente robada con infame osadía.

Stauffacher: ¿Tamaña violencia osó cometer el tirano, con una persona libre y noble?

Rudenz: Os he prometido, amigos míos, mi apoyo, y debo pediros el vuestro. Han cogido, me han robado a mi amada. ¡Quién sabe dónde la oculta el infame!

¡Quién sabe de qué maldad se valió para prenderla en sus lazos odiosos!... ¡No me abandonéis... ayudadme a salvarla!... Os ama, y sus sacrificios por la patria la hacen merecedora a que todos os arméis en su defensa.

Walther Furst: ¿Qué pensáis hacer?

Rudenz: ¿Lo sé por ventura? ¡Ay de mí! Ignorante de mi suerte, víctima de las horribles ansias de la duda, no puedo determinar mis propósitos.

Una sola cosa me parece clara; que yo no podré dar con ella, sino entre las ruinas de la tiranía, y que debemos apoderarnos de todas las fortalezas para penetrar en su calabozo.

Melchthal: Venid; guiadnos y os seguiremos. ¿Por qué aplazar para mañana lo que se puede hacer hoy? Tell era libre cuando prestamos nuestro juramento en Rutli y no se habían cometido estas monstruosas violencias. Las circunstancias nos imponen nuevos deberes. ¿Quién será tan cobarde, que piense todavía.en aplazamientos?

Rudenz: (A Stauffacher y a Walther Furst.) Armaos, y aprestaos. Augardad la señal de las fogatas, que anunciarán nuestras victorias con más rapidez que la vela de un batel. En cuanto veáis brillar la alegre llama, caed sobre el enemigo como el rayo, y derribad el edificio de la tiranía. (Se van.)

Acto cuarto, escena tercera

Hondonada cerca de Kussnacht, a la cual sé desciende por entre peñascos y de modo que antes de que los transeúntes lleguen a la escena, se les ve en la altura. Rocas en todos lados; una de ellas, saliente y cubierta de arbustos.

Tell: (Se adelanta armado de su ballesta.) Le es imprescindible pasar por esta hondonada, pues no hay otro camino para ir a Kussnacht: Aquí ejecutaré mi designio. La ocasión es favorable; escondido detrás de estos árboles, puedo alcanzarle con mi flecha.

Lo estrecho del camino no permite a los que le acompañen caminar a su lado. Arregla tus cuentas con Dios, gobernador, que ya todo acabó para ti... sonó tu hora.

Vivía tranquilo, inocente, sin que nunca dirigiera mis tiros más que a los animales del bosque, ni hubiese manchado mi conciencia con la idea del asesinato, cuando tú, tú viniste a perturbar mi paz, tú has emponzoñado mis pensamientos, antes piadosos, tú me habituaste al crimen.

Quien puede disparar a la cabeza del hijo de su alma, puede también herir en el corazón a su enemigo.

Fuerza es que les defienda de tu cólera, gobernador, a mis pobres, inocentes hijos, a mi fiel esposa.

Cuando mi mano trémula tendió la cuerda del arco, y tú me forzaste con astucia infernal a apuntar contra mi hijo; cuando suplicante y exánime, me viste a tus pies, ¡ah! entonces hice en el fondo de mi corazón un juramento horrible, que oyó tan sólo el cielo; juré que tu pecho sería el blanco de mi primer tiro.

Lo que prometí en aquel instante de infernal angustia, es una deuda sagrada y quiero pagarla.

Eres mi soberano, y el representante del emperador, pero él no se hubiera permitido lo que tú osaste. Te envió acá para ejercer la justicia, justicia severa porque estaba irritado contra nosotros, mas no para convertir en cruel pasatiempo el asesinato y el crimen. Hay un Dios para vengar y castigar.

Ven a mis manos, tú que fuiste el instrumento de amarguísimo dolor, y eres ahora mi bien, mi más precioso tesoro; voy a darte por blanco un corazón que fue hasta ahora insensible a las más tiernas súplicas, mas a ti no te resistirá.

Y tú, arco fiel, que tantas veces me has servido en mis gratos pasatiempos, no me abandones en tan terribles circunstancias; sé fuerte, por esta vez tan sólo, tú que lanzas la flecha veloz, que si flojo cayeras de improviso de mis manos, no podría dispararle otra. (Cruzan la escena algunos viajeros.)

Voy a sentarme en este banco de piedra que, a falta de habitación alguna, ofrece al viajero un momento de descanso en estos lugares. Aquí se suceden los que pasan, con mutua indiferencia, sin informarse de sus penas.

Aquí vienen el inquieto mercader y el ágil peregrino, el monje piadoso y el sombrío bandolero, el alegre tañedor, y el buhonero con su caballo cargado, que vuelve de lejanos países, porque cada una de estas sendas conduce al último confín del mundo.

Toma cada cual el camino que conviene a sus negocios; el mío, conduce al homicidio. (Se sienta.)

Otras veces, hijos de mi alma, todo era júbilo en el hogar cuando volvía vuestro padre. Siempre os traía algo; una flor de los Alpes... un ave rara... una concha encontrada en sus correrías.

Hoy, hoy... acecha otra presa, sentado en este lugar silvestre y con la idea del homicidio en el alma; la vida de su enemigo que intenta sorprender.

Y aún así, hijos de mi alma, sólo en vosotros pienso... Porque sólo para protegeros, para defenderos de la rabia del tirano, tiende su arco y se prepara a dar la muerte. (Se levanta.) ¡Noble presa, la que aguardo!

¡Cuántas veces el cazador pierde sin pena días enteros, en el rigor del invierno, saltando de roca en roca, trepando por el hielo que tiñe con su propia sangre, por matar un pobre pajarillo!

Mi caza tiene otro y más importante valor... consiste en el corazón de un enemigo mortal que quisiera perderme. (Suena a lo lejos alegre música, que va aproximándose.) Pasé mi vida en el manejo del arco..., en ejercitarme según las reglas del cazador, y, muchas veces gané el premio en el tiro.

Hoy quiero disparar mi mejor flechazo, y ganar el premio mejor que puedan ofrecerme cien leguas a la redonda. (Parece en la altura un cortejo de bodas. Tell lo contempla apoyado en su ballesta.)

Stussi el Guarda: (Se le acerca.) ¡El colono del convento de Marlischachen que se casa hoy!... ¡Hombre rico si los hay... tiene diez ganados! La novia es de Imesea... esta noche habrá gran fiesta en Kussnacht... Veníos conmigo... invita a todos los buenos.

Tell: El que está triste no acude a una boda.

Stussi: Si algo os aflige olvidadlo alegremente. Dejad que ruede la bola; en estos pícaros tiempos hay que aprovechar los buenos ratos. Aquí una boda, allá un entierro...

Tell: Y a veces se pasa de lo uno a lo otro.

Stussi: Así va el mundo en el día; en todos lados desastres. Se ha hundido un trozo del monte Ruiff en el cantón de Glaris, sepultando buena parte de la comarca.

Tell: Hasta las montañas se hunden. ¡Entonces no hay ya nada estable en la tierra!

Stussi: Cuentan de otra parte cosas extraordinarias.

Acabo de hablar con un hombre llegado de Baden y me decía que un caballero que se puso en camino para visitar al rey, fue detenido por un enjambre de abejones, y de tal modo picaron a su caballo que el animal cayó muerto, y el caballero llegó a pie a palacio.

Tell: ¡Oh! ¡los débiles tienen también su aguijón! (Sale Hermengarda con algunos niños y se coloca a la entrada del camino.)

Stussi: Hay quien teme que esto es presagio de alguna desgracia muy grande para el país..., de algún hecho contrario a la naturaleza.

Tell: Cada día ocurren hechos de esta especie, y no los presagia ningún signo maravilloso.

Stussi: Feliz quien cultiva tranquilamente sus tierras, y vive entre los suyos sin cuidados.

Tell: Al hombre mejor no le es dado vivir en paz, si esto desagrada a algún vecino de mal corazón. (Tell mira impaciente hacia el lado del camino.)

Stussi: ¡Con Dios!... ¿Aguardáis a alguien?

Tell: Sí.

Stussi: Os deseo feliz regreso a vuestro país. Sois de Uri. Nuestro bondadoso señor gobernador debe volver de allí hoy mismo.

Un Viajero (que llega.). — No le aguardéis hoy, porque las aguas han crecido con las grandes lluvias y han derribado todos los puentes. (Tell se levanta.)

Hermengarda: (Adelantándose.) ¿No vendrá el gobernador?

Stussi: ¿Tenéis alga que decirle?

Hermengarda: Sí, vaya.

Stussi: ¿Por qué os colocáis en este sitio por donde debe pasar, junto a ese camino hondo?

Hermengarda: Aquí no podrá escaparse, y habrá de oírme por fuerza..

Frieshardt: (Saliendo por el camino.) ¡Paso! ¡paso!... ¡El señor gobernador a caballo! (Tell se retira.)

Hermengarda: (Con viveza.) Ya llega. (Va a colocarse con sus hijos en primer término, Geszler y Rodolfo salen a caballo por la altura.)

Stussi: (A Frieshardt.) ¿Como habéis podido atravesar los ríos, si las lluvias se llevaron los puentes?

Frieshardt: Amigo, cuando se ha bregado en el lago no se temen las aguas de los Alpes.

Stussi: ¿Estabais embarcados durante la tormenta?

Frieshardt: Sí estábamos; lo recordaré mientras viva.

Stussi: ¡Oh!... quedaos... contad.

Frieshardt: Dejadme; debo seguir adelante para anunciar la llegada del gobernador al castillo.

Stussi: Si hubiesen ido en la barca algunos hombres de bien hubieran naufragado, pero hay otros que ni el fuego ni el agua pueden con ellos. (Mirando en torno.) ¿Dónde se ha metido el cazador que estaba hablando conmigo? (Se va.)

Geszler: (A caballo conversando con Rodolfo de Harrá.) Diréis lo que os plazca, pero soy agente del emperador y debo tratar de complacerle. No me manda. aquí para adular al pueblo y tratarlo con

blandura. Quiere que le obedezcan, y trátase de averiguar quién debe ser el amo, si el villano o el emperador.

Hermengarda: Ha llegado el momento. Voy a dirigirme a él. (Se acerca temerosa.)

Geszler: No mandé colocar el tal sombrero en Altdorf por chanza y poner a prueba a ese pueblo, porque harto lo conozco mucho tiempo ha.

Lo que yo quise fue enseñarles a bajar la cabeza que alzan con tanta arrogancia, y puse el sombrero en mitad del camino para que hiriera su vista y les recuerde al soberano, a quien olvidarían sin duda.

Rodolfo: El pueblo tiene, sin embargo, ciertos derechos.

Geszler: No es esta, ocasión de pesarlos... Se van realizando grandes combinaciones; la casa imperial quiere extender sus dominios, y lo que el padre gloriosamente emprendió, el hijo piensa llevarlo a feliz término.

Este pequeño pueblo es un obstáculo interpuesto en nuestro camino; de este o de otro modo... fuerza es que se someta. (Intentan pasar. Hermengarda se arrodilla delante del gobernador.)

Hermengarda: ¡Misericordia! señor... ¡gracia!...

Geszler: ¡Cómo os atrevéis a cerrarme el paso!... Apartad.

Hermengarda: Mi marido está preso... mis hijos piden pan... Poderoso señor, muévaos a piedad nuestra gran miseria.

Rodolfo: ¿Quién sois?... ¿Quién es vuestro marido?

Hermengarda: ¡Bondadoso señor!... es un pobre jornalero del monte Righi, que va a segar la yerba de los lugares más abruptos, donde ni los ganados se atreven a trepar.

Rodolfo: (Al gobernador.) ¡Por el cielo! ¡Qué vida tan desdichada y miserable! Yo os io ruego; soltad a ese hombre, sea el que fuere su delito; harto castigo tiene con su oficio. (A Hermengarda.) Se os hará justicia. Id al castillo y presentad una solicitud. Este no es lugar para eso.

Hermengarda: No, no, no me iré de aquí, antes que el gobernador me haya devuelto a mi marido. Hace ya seis meses que se halla en la cárcel, aguardando en vano la sentencia.

Geszler: ¡Mujer! ¿queréis emplear conmigo la fuerza?... Vaya... Apartad.

Hermengarda: Pido justicia. Tú eres juez de este país en nombre de Dios y del emperador; cumple tu deber. Si quieres hallar justicia en el cielo... hazme justicia aquí...

Geszler: Vamos, apartad de mi vista este pueblo insolente.

Hermengarda: (Cogiendo de la brida el caballo.) No, no... Yo ya no tengo nada qué perder... No pasarás antes de haberme hecho justicia. Puedes fruncir las cejas, puedes amenazarme con la mirada cuanto gustes. Tan inmensa es nuestra desgracia, que ya nada nos importa tu cólera.

Geszler: ¡Paso, mujer... o pasará mi caballo por encima de tu cuerpo!

Hermengarda: Oblígale... toma. (Echa sus hijos al suelo, y se pone con ellos en mitad del camino.) Heme aquí con mis hijos; aplasta a estos miserables huérfanos bajo los cascos de tu caballo... no ha de ser ésta la más espantosa de tus crueldades.

Rodolfo: ¡Estáis loca, mujer!

Hermengarda: (Con doblada energía.) Harto ha que pisoteas la tierra del emperador. No soy más que una. débil mujer; si fuera hombre,

ya sé lo que debiera hacer en lugar de prosternarme en el polvo. (Suena de nuevo la música, pero lejana.)

Geszler: ¿Dónde están mis guardias? Que saquen esta mujer de aquí, o no sabré contenerme más, y haré la que no quisiera.

Rodolfo: Los guardias no han podido venir todavía. El séquito de una boda obstruye el camino.

Geszler: Gobierno a este pueblo con demasiada blandura; hablan aún con excesiva libertad... no están sojuzgados como debieran; pero juro que esta cambiará pronto.

Venceré su ruda obstinación y su insolente afán de libertad... yo impondré otra ley a la comarca... Quiero... (En este momento hiere su costado una flecha; lleva la mano al corazón y vacila sobre el arzón. Con voz ahogada.) ¡Dios mío! ¡tened misericordia de mí!

Rodolfo: ¡Señor!... Cielos!... ¿Qué es esto? ¿De dónde partió?

Hermengarda: ¡Asesino!... ¡Asesino! Vacila... cae... es muerto. ¡La flecha le ha atravesado el corazón!

Rodolfo: (Saltando del caballo.) ¡Qué horrible accidente!... ¡Dios!... invocad la clemencia del cielo, señor... ¡Sois muerto!...

Geszler: La flecha de Tell (Cae del caballo en brazos de Rodolfo que lo depone sobre el banco de piedra.)

Tell: (Pareciendo en lo alto de las rocas.) Conoces la mano que te ha herido; no busques otra. Libres son nuestras cabañas, y la inocencia no tiene ya nada que temer de ti. No afligirás ya esta comarca. (Desaparece. El pueblo acude.)

Stussi: ¿Qué hay?... ¿Qué pasa?

Hermengarda: El gobernador ha sido atravesado por una flecha.

El Pueblo: ¿Quién le ha herido? (Mientras una parte de la comitiva de la boda se adelanta, el resto se halla todavía en lo alto w la música

continúa.)

Rodolfo: Se desangra; id a pedir auxilio: perseguid al matador. ¡Desgraciado!... ¡Morir así!... no quisiste escuchar mis consejos.

Stussi: Por el cielo... está pálido y exánime.

Varios: ¿Quién le hirió?

Rodolfo: Pero, ¿está loca esta gente?... ¡Continuar tocando junto a un muerto!... Mandadles que callen. (Cesa la música.) Hablad, señor, si conservais aún el conocimiento.

¿No tenéis nada que confiarme? (Geszler hace un signo con la mano, y observando que no es comprendido lo repite con viveza.) ¿Dónde debo ir?... ¿A Kussnacht?... No os comprendo... ¡oh! Resignaos... Dejad de pensar en este mundo... y cuidad de reconcíliaros con Dios. (La comitiva rodea al moribundo sin dar muestra alguna de compasión.)

Stussi: ¡Mirad cómo palidece... Ahora la muerte invade el corazón... Se extingue la luz de sus ojos.

Hermengarda: (Levantando en brazos a uno de sus hijos.) Mirad, hijos míos, cómo muere un malvado.

Rodolfo: ¡Insensatas mujeres! ¿No tenéis corazón, por ventura?... ¿Así os gozáis en tan horrible espectáculo? Ayudadme; acercaos a él... ¿No habrá nadie que quiera arrancar esta flecha de su pecho?

Las Mujeres: (Retrocediendo.) ¡Tocar nosotras al que Dios ha herido!

Rodolfo: ¡Caiga sobre vuestras cabezas la maldición eterna! (Tira de la espada.)

Stussi: (Deteniéndole.) No intentéis, señor... se acabó vuestro poder; ha caído el tirano del país y no sufriremos ninguna violencia. ¡Somos libres!

Todos: (En tumulto.) ¡La comarca es libre!

Rodolfo: ¡En esto hemos venido a parar!

¿Tan pronto cesaron la obediencia y el temor? (A los soldados que se acercan.) Ya veis el horrible suceso que acaba de ocurrir; toda socorro es inútil, y en vano perseguiremos al asesino... Otros cuidados nos reclaman... Vamos a Kussnacht, conservemos para el emperador su fortaleza, porque en este momento se rompieron todos las lazos del deber... y todas las leyes, y no podemos contar con la fidelidad de nadie. (Se va seguido de los soldados.

Salen seis hermanos de la caridad.

Hermengarda: Paso, ¡paso a los hermanos de la caridad!

Stussi: Aquí está la víctima; ya bajan los cuervos.

Los Hermanos de la Caridad: (Rodean el cadáver y cantan con voz lúgubre.) La muerte alcanza al hombre en un instante, sin acordar demora.

Es derribado en mitad de su carrera; arrebatado en la flor de su vida, y tanto si está pronto, como si no está pronto a partir, le es fuerza comparecer ante su juez. (Mientras se repiten. las últimas frases, cae el telón.)

Acto quinto, escena primera

Plaza pública en Altdorf. En el fondo, a la derecha, la fortaleza de Uri con los andamios, como en la tercera escena del primer acto; a la izquierda, la vista de algunas montañas, en cuya cima brillan las fogatas. Amanece, suenan las campanas en diversos lados.

Ruodi, Kuoni, Werni, el Cantero y muchos otros habitantes; mujeres y niños.

Ruodi: Mirad en aquellas cimas las fogatas.

El Cantero: ¿Ois las campanas que tocan al otro lado del bosque?

Ruodi: Ya han sido expulsados los enemigos.

El Cantero: Y tomadas las fortalezas.

Ruodi: ¿Y sufrimos, todavía los habitantes de Uri este castillo en nuestro suelo? ¿Seremos los últimos a declararnos libres?

El Cantero: ¿Y dejaremos subsistir este medio de presión?... ¡Vaya... a derribarlo!

Todos: ¡Abajo!... ¡abajo!... ¡abajo!...

Ruodi: ¿Dónde está el pregonero de Uri?

El Pregonero: Aquí estoy... ¿qué se ha de hacer?

Ruodi: Encaramaos a una altura y tocad la trompeta. Resuene con estruendo en las lejanas cavernas, y despierte los ecos de las grutas de granito, convocando a los montañeses. (El Pregonero Se va. Sale Walther Furst.)

Walther Furst: Deteneos... amigos, deteneos; ignoramos todavía lo ocurrido en Unterwald y en Schwyz... Aguardemos el mensaje.

Ruodi: ¿Y por qué _aguardar?... Ha muerto el tirano, y ha amanecido el día de la libertad.

El Cantero: ¿Y no son suficiente estos llameantes mensajeros que brillan en torno en las montañas?

Ruodi: ¡Venid, venid, mano a la obra! Hombres y mujeres... ¡derribad estos andamios y las bóvedas y los muros!... ¡No ha de quedar piedra sobre piedra!

El Cantero: Venid, amigos, supimos construir el edificio y sabremos destruirle.

Todos: Venid... ¡Destruyámoslo! (Se precipitan de todos lados sobre el castillo.)

Walther Furst: Ya están obrando... No he podido detenerlos más. (Salen Melchthal y Baumgarten.)

Melchthal: ¡Cómo! ¿Subsiste todavía esta fortaleza, cuando Sarnen ha sido reducida a cenizas y Rossberg es un montón de escombros?

Walther Furst: ¿Sois vos Melchthal? ¿Nos traéis la libertad?... Decid; ¿el país se ha libertado de sus enemigos?

Melchthal: (Abrazándole.) La patria es libre. En el punto en que os hablo no queda un solo tirano en Suiza: regocijaos, noble anciano.

Walther: ¡Oh! explicadme: ¿cómo os habéis apoderado de la fortaleza?

Melchthal: Rudenz, con varonil audacia, se ha hecho dueño del castillo de Sarnen, y la noche anterior yo había asaltado Rossberg. Pero oíd lo que ocurrió.

Habíamos arrojado los enemigos del castillo, y acabábamos de incendiarlo con la mayor alegría, viendo cómo se elevaban las llamas hasta el cielo, cuando Diethelm, el criado de Geszler, acude gritando que la dama de Bruneck era víctima del fuego.

Walther Furst: ¡Justo Dios! (Suena dentro el ruido de los andamios derrumbados.)

Melchthal: Era ella, en efecto; la encerraron secretamente en el castillo por orden del gobernador. Rudenz enfurecido se lanza a su encuentro; oíamos derrumbarse ya las vigas y los macizos postes..., los clamores de aquella infeliz llegaban hasta nosotros a través de la humareda.

Walther Furst: ¿Se salvó?

Melchthal: Era necesario obrar con prontitud y resolución. Si Rudenz fuera sólo un caballero, hubiéramos reparado en el peligro, pero era un aliado, y además Berta honraba mucho al pueblo. Así todos hemos arriesgado la vida con valor, precipitándonos en las llamas.

Walther Furst: ¿Se salvó?

Melchthal: Sí; se salvó. Rudenz y yo la hemos sacado de en medio de las llamas, mientras crujían y se hundían los techos detrás de nosotros.

Apenas salvada y al aire libre, el barón se arrojó en sus brazos, y han jurado en mi presencia su eterna unión, que después de haber resistido a los ardores del incendio, bien puede resistir a todas las pruebas del destino.

Walther Furst: ¿Dónde está Landenberg?

Melchthal: En los montes de Brunig. No estuvo en mi mano impedir que viva, él, que quitó la vista a mi padre.

Corrí tras él, le alcancé, le arrastré a los pies de mi padre, y cuando ya suspendía mi espada sobre su cabeza, imploró la misericordia del ciego anciano, y éste con su piedad le ha salvado la vida. Pero ha jurado salir de este país, y no volver más.

Cumplirá su juramento, sin duda; que ya probó la fuerza de nuestro brazo.

Walther Furst: ¡Noble acción la vuestra de no haber empañado con sangre la victoria!

Algunos Niños: (Salen corriendo y llevando restos de los andamios.) ¡Viva la libertad... ¡Viva la libertad! (Suena con fuerza la trompeta del Pregonero.)

Walther Furst: ¡Qué algazara!... Estos niños se acordarán de ella todavía, cuando viejos. (Algunas muchachas salen llevando el sombrero colgado de la percha. El pueblo invade la escena.)

Ruodi: ¡Mirad!... el sombrero ante el cual debíamos inclinarnos.

Walther Furst: ¡Dios mío...! Debajo de este sombrero colocaron a mi nieto.

Varios: Destruid este monumento de la tiranía... ¡Al fuego con él!

Walther Furst: No, guardémoslo. Debió servir de instrumento de la tiranía; pues bien, sea el eterno emblema de la libertad. (Los aldeanos, hombres, mujeres y niños, sentados o en pie entre los escombros del castillo, forman pintorescos grupos.)

Melchthal: Vednos alegremente en pie, sobre los escombros de la tiranía. Compañeros... hemos cumplido noblemente el juramento que hicimos en Rutli.

Walther Furst: La empresa está comenzada, pero no acabada. Nos será necesario todavía mucho valor y sólida unión, porque el rey no tardará en querer vengar la muerte de su baile, creedlo, e intentará traer de nuevo por la fuerza lo que hemos expulsado.

Melchthal: ¡Ya puede venir él y su ejército! Expulsamos al enemigo interior y no hemos de temer al de fuera.

Ruodi: Pocos son los caminos que dan acceso a este país: cerraremos su entrada con nuestros pechos.

Baunigartén: Estamos unidos con vínculos eternos y no nos espantan sus tropas. (Salen Roesselmann y Stauffacher.)

Roesselmann: ¡Terribles son los juicios de Dios!

Los Aldeanos: ¿Qué hay?

Roesselmann: ¡En qué tiempos vivimos!

Walther Furst: Hablad... ¿qué pasa? Vos aquí, Werner, ¿qué nueva nos traéis?

Los Aldeanos: ¿Qué hay?

Roesselmann: Oíd y confundíos.

Stauffacher: Nos hemos libertado de un gran temor.

Roesselmann: El emperador ha sido asesinado.

Walther: Furst. — ¡Dios de misericordia! (Los aldeanos se agolpan tumultuosamente en torno de Stauffacher.)

Todos: ¡Asesinado!... ¿El emperador?... Oigamos... ¿el emperador?

Melchthal: ¡No es posible!... ¿De dónde procede la noticia?

Stauffacher: Es cierta. El emperador Alberto murió cerca de Brück, en manos de un asesino. Un hombre fidedigno, Juan Müller, ha traído la noticia de Schaffhouse.

Walther Furst: ¿Quién ha osado cometer esta horrible acción?

Stauffacher: El nombre del asesino la hace más horrible; su sobrino, el hijo de su hermano, el duque Juan de Suabia ha sido el autor de este asesinato.

Melchthal: ¿Y qué causa le impulsó a cometer este parricidio?

Stauffacher: El emperador era el depositario de su herencia paterna y la rehusaba a sus impacientes reclamaciones. Hasta se dice si abrigó el designio de acabar este asunto dando a su sobrino una mitra.

Sea de ello lo que fuere, el joven príncipe prestó oídos a las criminales sugestiones de algunos de sus compañeros de armas, y puesto que se le negaba lo suyo, resolvió vengarse con ayuda de los señores de Eschenbach, de Tegerfeld, de Wart y de Palm.

Walther Furst: Contadnos cómo ha ocurrido el hecho.

Stauffacher: El emperador se dirigía de Stein a Baden, para regresar a su corte de Rheinfeld acompañado de los príncipes Juan y Leopoldo y numerosa comitiva de grandes señores.

Cuando llegó cerca del río Reuss, al sitio donde hay que tomar la barca para atravesarle, los asesinos se embarcaron precipitadamente con él para separarle del resto de la comitiva, y una vez en la otra orilla, en el punto en que pasaba el emperador por un sembrado, junto a las ruinas de una antigua ciudad pagana, y enfrente de la fortaleza de Habsburgo, cuna de su ilustre raza, el duque Juan le dio una puñalada en la garganta, Rodolfo de Parm le atravesó de un lanzazo, y Eschenbach le partió la cabeza.

El emperador ha muerto, pues; entre los suyos, degollado por los suyos. Los demás vieron cómo le mataban desde la opuesta orilla, pero como iba por medio el río, no pudieron hacer otra cosa que lanzar vanos clamores de dolor.

Sólo una pobre mujer había, sentada al borde del camino... el emperador espiró en sus brazos.

Melchthal: Así, el insaciable ambicioso no ha hecho más que bajar antes de tiempo a la tumba.

Stauffacher: La comarca está consternada. Se han cerrado todos los caminos y cada cantón guarda sus fronteras. Hasta la antigua ciudad de Zurich ha cerrado sus puertas por la primera vez de treinta años acá; tanto se teme a los asesinos, y más que a ellos a los que quieren vengar el asesinato.

Porque la reina de Hungría, la severa Ana, ajena a la blandura de su sexo, se acerca armada de la proscripción, ansiosa de tomar venganza en las familias de los asesinos, en sus criados, en sus hijos, en sus nietos, hasta en las piedras de sus castillos.

Ha jurado inmolar sobre la tumba de su padre generaciones enteras; y bañarse en sangre como en agua de rosas.

Melchthal: ¿Y se sabe adónde huyeron los asesinos?

Stauffacher: Apenas cometido su crimen han tomado diferentes caminos, y se han separado para no encontrarse jamás. El duque Juan irá sin duda errante por las montañas.

Walther Furst: Crimen inútil para ellos; la venganza no da fruto nunca. Vive de sí misma; su placer consiste en matar y sólo se sacia con crueldades.

Stauffacher: Verdad que su crimen será inútil para los asesinos, pero nosotros, nosotros recogeremos con inmaculadas manos la rica cosecha de este cruento delito, porque ahora nos vemos libres de un gran temor.

Cayó el más poderoso enemigo de nuestra libertad, y algunos creen que el cetro pasará de la casa de Habsburgo a otra familia. El imperio quiere conservar su derecho de elección.

Walther Furst y Otros: ¿Sabéis algo de eso?

Stauffacher: El conde de Luxemburgo es el elegido por gran mayoría de votos.

Walther Furst: ¡Bien hicimos en seguir fieles al imperio! Ahora, podremos esperar justicia.

Stauffacher: El nuevo emperador tendrá necesidad de aliados y nos protegerá contra la venganza del Austria. (Los aldeanos se abrazan mutuamente.)

El Sacristán: (Sale acompañado de un mensajero del imperio.) Ahí tenéis a los dignos jefes del país.

Roesselmann y Otros: ¿De qué se trata?

El Sacristán: Este hombre es un mensajero del imperio que trae esta carta.

Todos: (A Walther Furst.) Abridla y leed.

Walther Furst: (Lee.) "A los buenos habitantes de Uri, Schwyz y Unterwald, la reina Isabel, salud y prosperidad."

Varios: ¿Qué quiere la reina? Su reinado acabó.

Walther Furst: "En medio de su inmenso dolor y en la triste viudez en que la deja el sangriento fin de su esposo, la reina ha pensado en la antigua fidelidad y el amor de los cantones suizos."

Melchthal: Cuando era feliz, para nada se acordaba de nosotros.

Roesselmann: ¡Silencio!... oigamos.

Walther Furst: "Persuadida de que ese pueblo fiel sólo sentirá horror por los malvados autores de tamaño crimen, espera que los tres cantones no darán asilo alguno a los asesinos y que por el contrario coadyuvarán fielmente a la acción de la justicia, recordando el amor y el favor que siempre les ha acordado la casa de Rodolfo." (Muestras de desagrado entre los circunstantes.)

Varios: ¡El amar!... ¡el favor!

Stauffacher: Recibimos, en efecto, muestras de cariño del padre; pero ¿qué tenemos que agradecer al hijo? ¿Confirmó nuestros fueros, como habían hecho antes que él los demás emperadores? ¿Nos hizo nunca justicia, ni prestó apoyo a la inocencia oprimida? ¿Se dignó siquiera oír a los mensajeros de nuestras quejas?

No; nada hizo; nos hemos visto obligados a acudir al propio valor para reconquistar nuestros derechos. ¡No le movían nuestras penas!... ¿Por qué pues la gratitud?... No fue por cierto la gratitud lo que sembró en nuestros valles.

Desde su encumbrado asiento pudo ser el padre de sus pueblos, y sólo se ocupó de su familia. Llórenle, pues, los que le deben su fortuna.

Walther Furst: No nos alegramos de su pérdida, ni recordamos los males sufridos; felizmente han pasado. Pero vengar la muerte de un soberano al que no debemos ningún beneficio; perseguir a los que no nos hicieron ningún mal, esto ni nos conviene, ni puede convenirnos en manera alguna.

Esto sería de nuestra parte, voluntaria prueba de afecto, porque la muerte ha roto todas las cadenas. Ningún deber tenemos que cumplir para con él.

Melchthal: Ya puede la reina llorar en su retiro, y acusar al cielo en la vehemencia de su dolor. Ahí tenéis en cambio un pueblo que le da gracias, libre de sus pasadas angustias. ¡Quien desea merecer consuelo, debe tratar a los demás con amor! (El mensajero se va.)

Stauffacher: (Al pueblo.) ¿Dónde está Tell?... ¿El fundador de nuestra libertad será el único que falte? A él se debe la grande obra, y él fue el que más ha sufrido. Venid; vamos a buscarle a su casa, y a saludar al libertador de todos. (Se van.)

Acto quinto, escena segunda

La entrada de la casa de Tell. Arde el hogar. La puerta principal está abierta.

Hedwigia, Walther y Guillermo.

Hedwigia: Vuestro padre torna a nuestros brazos, hijos míos; vive, es libre, todos somos libres, y él ha sido quien dio libertad a este. país.

Walther: Y yo también, madre; yo también tengo mi parte en eso y muchos pronunciarán mí nombre. Me vi expuesto a morir de un flechazo de mi padre y no temblé.

Hedwigia: (Abrazándole.) Sí, me has sido devuelto. Dos veces te me dio el cielo, dos veces sufrí los dolores del parto. Ahora todo acabó, y os tengo a los dos..., a los dos... y vuestro querido padre vuelve. (Se presenta un monje en el umbral de la puerta.)

Guillermo: Mira, madre, mira; un fraile que viene a pedirnos limosna.

Hedwigia: Decidle que entre para darle algo, y verá que se halla en la casa de la dicha. (Se va y vuelve luego con un vaso.)

Guillermo: (Al monje.) Entrad, buen hombre, mi madre quiere daros algo para refrescar.

Walther: Entrad a descansar, y luego saldréis de aquí con nuevas fuerzas.

El Monje: (Con las facciones descompuestas y espantados ojos.) ¿Dónde estoy? Decidme... ¿en qué país estoy?...

Walther: ¿Os habéis perdido... no sabéis dónde estáis?... Pues estáis en Burglen, en el cantón de Uri; en el camino del valle de Schaechent.

El Monje: (A Hedwigia que vuelve.) ¿Estáis sola?... ¿No se halla en casa vuestro marido?

Hedwigia: Le aguardo en este momento... ¿Pero qué tenéis?... Vuestro semblante no me parece de muy buen augurio... Quienquiera que seáis estáis necesitado; tomad. (Le ofrece el vaso.)

El Monje: Aunque sediento, nada tomaré antes que me digáis...

Hedwigia: No me toquéis la ropa, no os acerquéis... Seguid a distancia si he de escucharos.

El Monje: Por este fuego que brilla en el hogar... por vuestros caros hijos que abrazo... (Toma a los niños.)

Hedwigia: ¿Qué os proponéis, buen hombre?... Dejad a mis hijos, sin duda no sois un religioso, no, no lo sois... Este hábito es símbolo de paz, y no reina la paz en vuestro semblante.

El Monje: ¡Soy el hombre más desgraciado de la tierra!

Hedwigia: La voz de los desgraciados llega al alma, pero vuestra mirada hiela mi sangre.

Walther: (Dando un brinco.) ¡Madre!... padre está aquí... (Se va corriendo.)

Hedwigia: ¡Oh! ¡Dios mío! (Intenta correr a su encuentro, pero tiembla y se detiene.)

Guillermo: (Corriendo hacia dentro.) ¡Padre!

Walther: (Dentro.) ¿Ya de vuelta?

Guillermo: (Dentro.) ¡Padre, mi querido padre!

Tell: (Dentro.) Aquí me tenéis... ¿Y vuestra madre? (Salen.)

Walther: Ahí está... en el umbral sin dar un paso, temblando de emoción y alegría.

Tell: ¡Oh! Hedwigia, Hedwigia, madre de mis hijos... Dios vino en nuestro socorro... De hoy más ningún tirano podrá separarnos.

Hedwigia: (Arrojándose en sus brazos.) ¡Oh! ¡Tell, Tell, qué angustias he sufrido por ti! (El Monje escucha con atención.)

Tell: Olvídalas ahora y regocíjate; ya me tenéis de vuelta. Ya estoy en mi casa... entre los míos.

Guillermo: ¿Dónde está la ballesta, padre?... no la veo.

Tell: Ni has de verla jamás; la depuse en sagrado; ya no cazaré más con ella.

Hedwigia: ¡Tell! ¡Tell! (Retroce y suelta la mano.)

Tell: ¡Qué te asusta aún... esposa mía!

Hedwigia::¡Qué!... qué... ya estás de vuelta... esta mano... puedo estrecharla... esta mano... ¡Oh ¡Dios!

Tell: (Con ternura y energía.) Esta mano os ha defendido y ha salvado al país... Puedo levantarla libremente al cielo. (El Monje parece vivamente conmovido. Tell repara en él.) ¿Quién es este religioso?

Hedwigia: ¡Ah!... le había olvidado. Háblale... me da miedo.

El Monje: (Se acerca.) ¿Sois Tell, cuya mano dio muerte al gobernador?

Tell: Sí, yo soy; no he de negarlo a nadie.

El Monje: ¡Sois Tell!... ¡Ah! la mano de Dios me trajo a vuestra casa.

Tell: (Fijarndo en él su mirada.) Vos no sois un religioso... ¿Quién sois vos?

El Monje: Disteis muerte al gobernador, que os había tratado con crueldad; yo maté a mi enemigo que me rehusaba mis derechos... Era a la vez vuestro enemigo, y el mío... Y liberté a la comarca de su presencia.

Tell: (Retrocediendo.)... Vos sois... ¡Oh! ¡es, horrible!... hijos, salid, vé... esposa mía... vé... ¡Desdichado!... seríais...

Hedwigia: — ¡Dios mío!... ¿Quién es?

Tell: No quieras saberlo... Vé, vé, tus hijos no deben, saberlo... sal de casa... ve... no puedes estar bajo el mismo techo que este hombre.

Hedwigia: ¡Oh!.. ¡desgracia!... ¿qué es esto?... Venid. (Se va con sus hijos.)

Tell: (Al Monje. ¿Sois el duque de Austria? Lo sois: ¿habéis dado muerte al emperador vuestro tío y vuestro soberano?

Juan el Parricida: Me había robado mi herencia.

Tell: ¡Matar a vuestro tío, a vuestro emperador! ¡Y la tierra os soporta! ¿Y el sol os alumbra todavía?

El Parricida: Tell, oídme antes de...

Tell: ¿Y manchado aún con la sangre de tu padre, con la sangre de tu emperador, te atreves a entrar en esta casa, y a presentarte delante de un hombre honrado, reclamando su hospitalidad?...

El Parricida: Esperaba que os compadeceríais de mí, porque también vos os vengasteis de vuestro enemigo.

Tell: ¡Desdichado! ¿osas comparar el crimen de la ambición, con la justa defensa de un padre? ¿Tenías que defender acaso la preciosa vida de tus hijos? ¿proteger el santuario de tu hogar?

¿preservar a los tuyos de la más tremenda catástrofe?... Elevo al cielo mis puras manos, y te maldigo a ti, y a tu crimen... Yo vengué los derechos sagrados de la naturaleza; tú los profanaste. Nada hay de común entre ambos...; yo he defendido cuanto me era más caro, y tú has asesinado.

El Parricida: No tengo consuelo alguno, ni una esperanza, ¿y me rechazáis?

Tell: Me siento penetrado de terror, al hablarte. Vete; prosigue tu horrible camino, no manches esta tranquila casa; morada de la inocencia.

El Parricida: (Se dirige hacia la puerta.) ¡No puedo más... quiero morir!

Tell: ¡Y aún me mueves a compasión!... ¡Dios mío! tan joven, de tan ilustre prosapia..., el nieto de Rodolfo, de mi emperador, de mi soberano... perseguido por asesino, está allí, en el dintel de mi puerta, en mi pobre dintel..., suplicante... desesperado... (Vuelve el rostro.)

El Parricida: ¡Ah!... ¡si pudierais llorar!... Muévaos mi suerte... es espantosa. Soy príncipe, lo era, pude ser feliz, si hubiese reprimido la impaciencia de mis deseos.

Pero la envidia me roía el corazón... Veía a mi joven primo Leopoldo, henchido de honores, elevado a la realeza, yo, joven como él, seguía retenido en servil menor edad.

Tell: ¡Desdichado! Bien te conocía tu tío, cuando te rehusaba tu herencia y tus vasallos. Con tu pronta, feroz, insensata acción, tú mismo justificaste su prudencia. ¿Dónde están los cómplices de tu crimen?

El Parricida: Donde quisieron arrastrarles las furias vengativas. Desde el atentado, no he vuelto a verles.

Tell: ¿Sabes que pesa sobre ti la proscripción?... ¿que nadie puede darte asilo?... ¿que debes ser tratado como enemigo, en donde quiera que vayas?

El Parricida: Por esto me alejo de los caminos frecuentados, y no me atrevo a llamar a ninguna puerta. Dirijo mis pasos hacia el desierto, llevando mi propio terror a través de los montes, y si alguna vez veo reflejarse mi imagen en el cristal de una corriente, retrocedo ante ella con espanto.

¡Oh!... si os moviera a lástima... a piedad... (Se arrodilla a sus plantas.)

Tell: (Volviendo el rostro.) Alzad... alzad.

El Parricida: No será, sin que me hayáis tendido la mano piadosa...

Tell: ¿Y acaso puedo socorreros? ¿Qué puede hacer un pobre mortal? Pero... alzad... Por atroz que sea vuestro crimen, sois hombre, sois mi prójimo... Nadie saldrá de la casa de Tell sin algún consuelo. Cuanto pueda hacer, lo haré.

El Parricida: (Se levanta y le toma la mano con viveza.) ¡Oh, Tell! ¡salvais mi alma de la desesperación!

Tell: Soltad y salid de aquí, porque aquí no podéis quedaros sin ser descubierto, y si lo fuereis no podríais contar con mi apoyo... ¿Adónde pensáis ir?... ¿Dónde esperáis hallar reposo?

El Parricida: ¿Lo sé yo por ventura, triste de mí?

Tell: Oíd lo que Dios me inspira. Es fuerza que vayáis a Italia, a la ciudad de San Pedro. Postraos a los pies del papa, confesad vuestro crimen, y salvad vuestra alma.

El Parricida: ¿Y no me entregará a mis perseguidores?

Tell: Haga lo que quiera, someteos a la voluntad de Dios.

El Parricida: ¿Y Cómo llegar a este país desconocido para mí? Ignoro el camino, y no me atreveré a juntarme con los viajeros.

Tell: Voy a indicároslo. Estadme atento; ascenderéis el curso del río Reuss, que se precipita con ímpetu de lo alto de agrestes montañas.

El Parricida: ¿Volveré a ver el río?... en su orilla cometí mi crimen.

Tell: El camino bordea el abismo, y encontraréis en él gran número de cruces plantadas en memoria de los pobres viajeros sepulta-

dos bajo la nieve.

El Parricida: ¡Qué habían de importarme los horrores de la naturaleza, si pudiera dominar los inmensos padecimientos del alma!

Tell: Arrodillaos delante de cada una de estas cruces, y expiad vuestro crimen con las lágrimas del arrepentimiento; si conseguís atravesar felizmente este camino, sin ser combatido del huracán que reina en aquellas montañas, llegaréis por fin al puente; y si éste no se hunde al peso de vuestro crimen, y pasáis, por él sano v salvo, entonces hallaréis una lúgubre abertura entre los peñascos, donde nunca penetró la luz.

Atravesadla, os conducirá a un hermoso y sonriente valle. Cruzadlo con paso veloz, que no habéis de deteneros en los lugares donde se disfruta de tranquilidad.

El Parricida: ¡Oh! ¡Rodolfo, Rodolfo!... mi real abuelo... así atraviesa el imperio tu nieto...

Tell: Ascendiendo siempre, llegaréis a la cima del San-Gotardo, donde dos lagos se alimentan perpetuamente de las aguas del cielo. Allí dejaréis la tierra alemana, y el sonriente curso de otro río os conducirá a Italia, término de vuestro viaje. (Suenan las trompas y el canto pastoril.) Oigo voces... Salid.

Hedwigia: (Acudiendo.) ¿Dónde estás, Tell? Mi padre, y la alegre turba de confederados que llegan.

El Parricida: ¡Desdichado de mí!... No puedo detenerme entre los hombres felices...

Tell: Vé, esposa mía; da a ese hombre cuanto necesite para reparar sus fuerzas... cárgale de provisiones... porque es largo su viaje y no ha de hallar posada en su camino. Vé... date prisa... Ya llegan.

Hedwigia: ¿Quién es?

Tell: No lo preguntes; cuando parta, vuelve la cara para no ver el camino que toma. (El Parricida se acerca a Tell conmovido. Éste le hace una seña con la mano, y ambos se van por diversos lados. Mutación.)

Acto quinto, escena tercera

El fondo del valle delante de la casa de Tell; cerca de allí, una ladera ocupada por pintoresca multitud. Parte de ella pasa por una palanca que conduce a Schaechent. Walther Furst se adelanta con los dos niños, Melchthal. Stauffacher y algunos más.

En el punto en que sale Tell, es acogido con vivas demostraciones de júbilo.

Todos: ¡Viva Tell el cazador, el libertador! (Mientras los de primer término se agolpan alrededor de

Tell y le abrazan, salen Rudenz que abraza a los aldeanos, y Berta que abraza a Hedwigia. La música de la montaña acompaña esta escena muda. Un momento después, Berta se adelanta en medio del pueblo.

Berta: Amigos y confederados, admitid en vuestra alianza a la afortunada mujer que fue la primera que halló auxilio en la tierra de la libertad. Fío mis derechos a vuestro robusto brazo, ¿queréis protegerme como vuestra ciudadana?

Los Aldeanos: Sí; os asistiremos con nuestros bienes y nuestra sangre.

Berta: Pues bien; doy mi mano a este mancebo. La libre ciudadana suiza va a ser esposa de un hombre libre.

Rudenz: Y yo doy la libertad a mis siervos. (Se repite la música. Cae el telón.)